

***GABRIEL TABORIN,
CONTEMPLATIVO
EN LA
ACCIÓN***

LONGINOS PALOMO H.S.F.

H. S . F.

GABRIEL TABORIN

CONTEMPLATIVO

EN LA

ACCION

HERMANOS DE LA SAGRADA FAMILIA

Carretera de Arca Real Km. 3
Apartado 2124
47080 VALLADOLID

INTRODUCCIÓN

El cristiano del futuro o será un místico, es decir, una persona que ha "experimentado" algo, o no será cristiano. (K. Rahner)

La andadura del creyente cristiano en su búsqueda hacia el encuentro con el "Dios vivo" de Jesucristo, presente y cercano, pero siempre oculto, sólo conducirá a la meta a alcanzar si dicho itinerario es recorrido en "clave contemplativa".

Sólo el contemplativo está en condiciones de descubrir el rostro verdadero de las cosas, del mundo, del hombre porque ha experimentado el misterio de Dios, origen y fundamento de todo y el que le da su sentido pleno, (Ef 1, 11).

La dimensión contemplativa se orienta en una doble perspectiva:

-Es, fundamentalmente, una realidad de gracia, como don gratuito de Dios al creyente y que le hace capaz de abrirse al encuentro con el misterio personal de Dios.

-Y es además, la respuesta teologal del hombre a la manifestación divina por su actitud de fe, esperanza y amor.

El que se abre y vive esta dimensión contemplativa descubre la voluntad de Dios, sus designios de salvación en el hombre y en la historia (DV.I, 2-5), impulsado y guiado por la luz del Espíritu Santo que grita en su interior y le hace saborear la hondura del amor infinito del Padre, (Rm 5, 3-5; 8, 26).

La experiencia contemplativa tiene como centro de referencia y criterio decisivo la Persona de Jesucristo, imagen y revelación del Padre, (2Cor 4, 4).

Es en el encuentro e identificación con Jesús, siguiendo su camino y asumiendo sus actitudes fundamentales, que el creyente contemplativo descubre el misterio del amor de Dios que se manifiesta a los demás en una apertura y entrega sinceras que conduzca a un encuentro auténtico con el prójimo.

Por tanto, esta perspectiva contemplativa constituye un aspecto esencial de la experiencia cristiana y, por consiguiente, de la vida religiosa en cualquiera de sus formas.

El objetivo a alcanzar en esta reflexión consistirá en realizar un esfuerzo de aproximación a la persona de Gabriel, procurando bucear en su vida y obra a fin de llegar a descubrir con mayor nitidez aquellos "rasgos característicos" que nos ayuden a comprender mejor las claves de su espiritualidad.

En primer término señalaré algunas de las dimensiones fundamentales de la vida espiritual cristiana, tal como se desprenden de la Sagrada Escritura y de la reflexión teológica.

Posteriormente procuraré analizar y explicar cómo estas dimensiones espirituales son vividas por Gabriel de modo verdaderamente intenso y extraordinario. La referencia bíblica y teológica será una preocupación constante en el transcurso de este desarrollo.

Lo decisivo en todo este recorrido por la vida y obra de Gabriel será en saber disponerse en una actitud de apertura y acogida para, de este modo, dejarse alcanzar y seducir por la personalidad de Gabriel procurando actuar y revivir, personal y comunitariamente, aquellas actitudes espirituales que fueron vividas por él de forma realmente admirable y heroica.

I.- DIMENSIONES
DE LA
VIDA ESPIRITUAL CRISTIANA

1ª- Experiencia divina: Búsqueda y unión con Dios.

*"Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura".*

(S. Juan de la Cruz, Cánt. E)

El contemplativo es, ante todo, el que es seducido por el misterio de Dios vivido como fundamento de su ser personal y de todo lo existente, y condición primera y previa de toda experiencia religiosa, a la vez que la sobrepasa.

Por esta experiencia el creyente se siente polarizado por Dios y vive inmerso en su presencia amorosa que lo llena todo. Es desde esta experiencia fundante que contempla, a la luz de la fe, el hombre y el mundo descubriendo su sentido profundo y verdadero, como realidades que han sido salvadas por el amor infinito de Dios (1Jn 4, 16).

El hombre contemplativo anhela la cercanía absoluta de Dios como Aquel que le habla al corazón, en la profundidad de las propias vivencias y que llena de sentido todos los acontecimientos de la vida personal y de los otros hombres, sus hermanos y del acontecer mundano. Pero esta "atracción de Dios" (Mº fundante) es vivida a la vez como experiencia de "alejamiento" o de huída al ser interpelado por El (Ex 3, 1-6; Is 6, 1-11).

El Dios que se revela al creyente es a la vez el Dios que se oculta...! La lejanía del hombre ante Dios! (Jn 1, 2ss.). El creyente "es atraído" por la fuerza misteriosa de Dios, arde en deseos de su presencia: "Haz brillar tu rostro sobre tu siervo... no me escondas tu rostro...caminaré a la luz de tu rostro" (sal. 30, 68, 88); sufre por la

ausencia, herido ya en su corazón: "Salí tras Ti clamando y eras ido" (S. Juan de la Cruz)

Experimentar a Dios significa desearlo, y este deseo implica "presencia" -pues ya se ha experimentado- y "ausencia", como deseo insatisfecho.

En su anhelo de búsqueda y unión con Dios, el creyente sigue el camino de Jesús, el Hombre contemplativo. El vive *desde* el Padre y *por* el Padre; habla desde Dios y de Dios. Su vida brota y se halla cimentada en la íntima comunión con el Padre: sus criterios y valoraciones son a partir del Padre. Es una obediencia incondicional a El: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió" (Jn 4, 34). Jesús contempla el mundo con la mirada del Padre y desde esta visión anuncia la Buena Nueva del Reino que llega y se realiza ya en El (Mc 1, 14-15).

El Dios que se revela de forma íntima e inefable en Jesús como Padre de misericordia y amor infinitos (Mc 1, 9-11; Lc 15) es a la vez el "Dios que se oculta" y guarda silencio en el abandono y soledad de Jesús (Sal 22; Mc 14, 32-42).

Seguir a Jesús es participar de su filiación en la vivencia profunda del amor misericordioso del Padre; pero también en la dura experiencia de la soledad y sufrimiento ante el silencio del Dios mismo.

El creyente se abre a la revelación y comunión del Dios vivo manifestado en Cristo por el Espíritu Santo como una respuesta teologal de fe, esperanza y caridad como don de Dios. Esta actitud de fe implica una decisión libre y definitiva por la que la persona reconoce a Dios como el único en quien se encuentra la seguridad plena, el sentido definitivo de la existencia (Sal 18; Rm 4, 11). Consiste en interpretar la propia persona y la vida *desde* Jesucristo, la garantía suprema (Mt 7, 24), en quien Dios se revela y el hombre accede al Padre. Por esta actitud de fe el creyente se siente interpelado a recrear en sí mismo la imagen de Cristo (Rm 8, 28) hasta convertirse en una criatura nueva, como dice el Apóstol (Gal 6, 15; 2Cor 5, 17).

El verdadero cristiano está dispuesto en todo momento a "dar razón de su esperanza" (1Ped 3, 15). El contemplativo sabe vivir en el gozo de la esperanza que tiene su fundamento y origen en Jesucristo, el Salvador de los hombres que permanece presente con nosotros por su Espíritu hasta el fin de los tiempos. La garantía de la esperanza cristiana está en la cruz y resurrección de Cristo; a partir de aquí todo adquiere un sentido nuevo y el futuro se abre a la plenitud de la Pascua (Rom 8, 18; Ap 22, 20).

La experiencia de Dios del creyente adquiere su expresión más plena en la vivencia profunda de la caridad, pues "todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor" (1 Jn 4, 7-8). La caridad cristiana consiste en acoger y abandonarse en el amor misericordioso que nos tiene el Padre y que se ha revelado en la persona de Jesucristo. El cristiano vive el amor de Dios manifestado en Cristo, y este amor "que ha sido derramado en nosotros por medio del Espíritu Santo" (Rom 5, 5) se manifiesta y realiza en la caridad fraterna como signo y sello de la autenticidad de la vida cristiana (Jn 15, 13; 1Cor 13). El amor de Cristo, dice San Pablo, nos urge.

La experiencia de Dios revela que El es el único Absoluto y ningún ser de este mundo puede asumir un carácter absolutizante. El creyente siente el profundo deseo de alcanzar el misterio absoluto que fundamenta y explica su ser que le introduce en el abismo divino. Este deseo de Dios es una necesidad vital de la existencia humana pero que, con frecuencia, se halla bloqueado y amortiguado a causa de la superficialidad y dispersión de las experiencias humanas con su multitud de deseos que sofocan este anhelo fundamental.

"El Dios manifestado en la Revelación y experiencia cristiana no solamente es aquel hacia el que refluyen, en incesantes oleadas, el deseo y la llamada del océano del ser, sino también un Dios todo él deseoso, un Dios en busca del hombre. El hombre es una "aguja imantada": su deseo seguirá oscilando mientras no haya encontrado su descanso en el polo que le atrae... El verdadero buscador de Dios es el que pena y sufre por la ausencia y experimenta el agujijón del deseo. Imposible ponerse en camino hacia Dios sin estar animado por el deseo de encontrarlo" (Th. Matura. Una ausencia ardiente, p.29).

En definitiva, para el creyente contemplativo todo está penetrado por la presencia misteriosa y benevolente de Dios; El es el que da sentido definitivo al acontecer histórico del hombre en el mundo.

Desde esta visión, el hombre, la historia y el cosmos aparecen como "signos visibles" de la automanifestación divina: Constituyen el "gran sacramento" de Dios.

2ª Vocación y misión proféticas.

"Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir"
(Jr 20, 7)

El contemplativo es un profeta que ha sido "alcanzado" por el espíritu de Dios, impulsado por esa fuerza invencible, anuncia y comunica a los demás lo "que ha visto" y experimentado en ese encuentro con el Señor acerca de la Palabra de la vida.

El profeta no explica, sino que descubre y proclama el misterio de Dios oculto que le ha sido revelado, constituyéndose así, en testigo viviente con su vida y su palabra de los valores del Reino que tienen su cumplimiento en la Pascua de Jesús.

Entre los rasgos que caracterizan la dimensión profética se pueden anunciar los siguientes:

1) La irrupción de Dios en el creyente.

La experiencia profética comienza con una iniciativa divina de salir al encuentro del hombre movido de su amor misericordioso ante la situación concreta del acontecer humano (Ex 3, 9-10). La vocación profética comienza cuando Dios, de modo imprevisible, hace una llamada personal e inmediata a un hombre haciéndole conocer que quiere disponer de su persona y vida para realizar sus planes. Dios entra en la vida de esa persona para elegirle y enviarle, en su nombre, a cumplir una misión ante los demás (Am 7, 15; Os 1, 2; Is 6, 1ss; Jr 1, 4ss).

2) Escucha y acogida humanas: "Elección-Misión".

El hombre que recibe la llamada divina se convierte en profeta desde el momento que descubre y reconoce el designio de Dios sobre él para convertirle en instrumento de sus proyectos y, en consecuencia, quiere aceptar la misión que Dios le señala. Es la experiencia profunda del misterio de Dios y de su voluntad salvífica lo

que constituye el núcleo mismo del profeta: saberse elegido por Dios para una misión entre los hombres. (Jr 20, 7).

En el contexto de esta experiencia el profeta vive un doble sentimiento:

* Percibe la majestad y grandeza de Dios que le llama (Ex 3, 6; Is 6, 1-3). Ante la presencia misteriosa de Dios, fascinante y avasalladora, a la vez, el profeta siente su propia y radical indignidad para realizar tal misión y para la que no se cree preparado (Ex 4, 10; Jr 1, 6ss).

* Esta llamada divina es irrevocable, no obstante las dificultades alegadas por el profeta e incluso su rechazo e intento de huida (Jr 20, 9; Jn 1, 3). Pero una vez sufrido un proceso de purificación interior, el profeta llega a "fiarse de Dios" y acepta su misión. (Is 1, 8; Jr 23, 8).

3) En nombre de Dios: Hablan en lugar de otro.

El profeta sabe que el mensaje que transmite no proviene de su propia capacidad sino sólo de Dios que se lo inspira y en relación a una situación histórica concreta; él es su enviado o mensajero en y por el cual Dios actúa. Su total dependencia y disponibilidad de Dios constituye la prueba de su legitimidad expresada en el testimonio de su vida y la fuerza de su palabra (Am 7, 10; Ex 3, 10)

Apoyado en la fuerza del espíritu de Dios, el profeta se decide a cumplir su misión entre los hombres consciente de estar transmitiendo una palabra eficaz y poderosa capaz de abatir y edificar, levantar y destruir. Habla abiertamente y con sinceridad denunciando con valentía el mal y toda clase de pecados e injusticias (1Re 18; 2Sam 12, 1ss; Jr 1, 10).

De ahí que la palabra profética resulte molesta tanto para el profeta que se convierte en "signo de contradicción" entre los suyos y es perseguido (Jr 20, 7ss; Am 7, 1ss), como para los destinatarios de su mensaje que se sienten reprochados en su proceder y se les exige la conversión de su conducta y la transformación de las antiguas

estructuras (statu quo) que obstaculizan el encuentro verdadero con Dios y con los hombres (Jr 20, 10).

4) *La novedad: Utopías proféticas.*

El profeta no solo transmite el "juicio de Dios" sobre la persona o situación concreta -denuncia- sino que, ante todo, es portador de un "anuncio nuevo" con proyección de futuro que infunde la esperanza a los hombres que viven en esa situación.

La novedad del mensaje profético consiste en anunciar que, a pesar de las infidelidades del hombre, Dios es fiel a su Alianza, que viene y se compromete con su pueblo. El profeta revela la misericordia infinita de Dios que no se cansa de esperar al hombre manifestándole su amor sin límites y le ofrece la salvación. A pesar de la dureza del corazón humano, todavía es posible abrirse a la utopía de una nueva tierra y de una nueva Alianza, porque Dios es fiel e infinitamente misericordioso.

De entre los profetas, Jesús es el profeta, el paradigma del profeta poderoso en hechos y en palabras (Lc 24, 19). En el bautismo Jesús recibe la revelación de Dios y es constituido por el Espíritu en profeta de las naciones (Mc 1, 27). Jesús es el testigo de Dios que habla con su misma autoridad soberana y revela el ser y actuar de Dios como Padre misericordioso

Jesús realiza obras maravillosas pues Dios está con él. Sus contemporáneos le consideran profeta al igual que sus discípulos. Jesús mismo aceptó ser llamado profeta (Mt 12, 28; Lc 4, 18; 13,33).

Jesús se convierte en el "signo de contradicción" para los que la dureza de su corazón les incapacita para aceptar su persona y su mensaje, y le rechazan; sobre ellos se cumplirá el juicio de Dios (Mt 23, 13).

Pero Jesús anuncia, ante todo, que el amor misericordioso y compasivo del Padre se revela en su persona y en sus palabras en favor de los hombres: de los desposeídos, pobres y dolientes de la

tierra. Para ellos llega por fin la hora del consuelo divino y son dichosos, pues son amados de Dios (Mt 5; Mc 2, 1ss; Lc 7, 12).

Jesús es profeta porque acoge y realiza con absoluta fidelidad la misión que el Padre le encomendó anunciando las exigencias radicales del Reino con entera libertad. El cumplimiento de su misión profética le condujo a la muerte en cruz (Mc 14, 65par).

El cristiano participa por su bautismo de la función profética de Cristo (L.G. 12); el carisma profético es uno de los principales dones que el Señor concedió a su Iglesia (1Cor 12ss).

Profeta es el que cautivado por la bondad entrañable de Dios proclama sus maravillas, manifiesta que su presencia es el valor supremo y definitivo de nuestra vida y nos introduce en el gozo del amor infinito de Dios.

Ser profeta consiste en descubrir desde una determinada situación y "en la perspectiva divina", los "signos de Dios en la historia", (signos de los tiempos) interpretando los diversos acontecimientos como Palabra y voluntad de Dios y comprometiéndose decididamente en la construcción del Reino.

Ser profeta significa ser "signo viviente" del amor de Dios a los hombres con el testimonio de una vida de fidelidad constante a la misión confiada por Dios y manifestada en la entrega y servicio a los hermanos.

Ser profeta es proclamar y vivir la nueva condición de la existencia humana propia de aquellos que por la participación en la cruz de Cristo renacen al gozo de la nueva vida del Resucitado y son transformados en "testigos de la Pascua"(Lc 24, 34; Jn 20, 20).

Ser profeta es proclamar, a la luz de la Pascua, que es posible la esperanza pues Dios nos ama en Cristo (Rm 8, 39) y El ha vencido al mundo (Jn 16, 33); Cristo es nuestra esperanza (1Tm 1, 1); el cristiano da razón de tal esperanza.

3.- Actitud orante: Experiencia oracional .

*"Habla, Señor, que tu siervo escucha"
(1Sam 3,10)*

*"Orar es tratar de amistad, estando muchas
veces tratando a solas con quien
sabemos que nos ama" (Sta. Teresa)*

Una de las facetas más propias y notorias del hombre contemplativo es su profunda experiencia oracional; de tal manera que se puede establecer una correlación entre ser contemplativo y ser orante.

La actitud orante no es simplemente una cualidad distintiva del contemplativo, sino que constituye "su modo propio de ser y actuar" como creyente que comprende y vive su existencia toda en el contexto de su relación con Dios; la realidad entera -hombre y mundo- adquiere su verdadero y pleno significado a la luz de esta experiencia orante.

Es una determinada disposición de la persona por la que se abre a una dimensión especial que le permite descubrir un significado nuevo de su ser y existencia en relación con el Misterio Absoluto de Dios y con los otros hombres y el mundo.

Lo realmente decisivo en la experiencia oracional del creyente es la actitud vital con que se sitúa ante la presencia del misterio de Dios y del hombre en el mundo, y que podemos definir como "actitud orante". Esta actitud configura de modo determinante la existencia del creyente cristiano. No se trata tanto del contenido o de la duración de las oraciones realizadas, sino más bien, de adquirir a través de la experiencia oracional un "cierto estilo o disposición espiritual" que hace posible una interpretación de la realidad toda cuya referencia definitiva es el actuar de Dios.

El orante bíblico vive "ante la presencia de Dios" **desde** la situación histórica en que acontece su existencia concreta entre los hombres. Para él toda la historia personal y social se desenvuelve "ante la mirada de Dios", y todo se llena de significado desde esta perspectiva divina.

Andar en la presencia de Dios es establecer una relación constante entre Dios y el creyente expresada en un trato de amistad y familiaridad surgidas del amor infinito de Dios y de la acogida sincera y humilde de la criatura.

La "mirada de Dios" es señal de su cercanía viviente que genera confianza e intimidad (Sal 33). La criatura anhela ardientemente esa presencia viviente de Dios, busca su rostro, pues en él encuentra su refugio y la felicidad completa (Sal 26, 68). "Dios me guarde en su mirada, por eso caminaré sin temor a la luz de su rostro" (Sal 88); mi fuerza consistirá en ser un buscador del rostro de Dios (Sal 42).

El orante bíblico vive el encuentro con Dios como quien está ante su mirada benevolente y que desea comunicarse en un diálogo personal e íntimo con el hombre para hacerlo feliz. Contemplar el rostro de Dios equivale a vivir en su presencia.

En este encuentro con Dios el orante se dispone, en primer término, con una "actitud de escucha" a acoger la voz de Dios que le habla a su corazón y en la historia de los hombres (Is 50, 4; 1Re 3,9). Es la actitud de esperanza basada en la certeza de la fidelidad de Dios que nunca falla (Ez 37, 11-14; Os 2, 16ss).

El orante bíblico vive inmerso en la presencia de Dios que se manifiesta en el acontecer histórico de su propia existencia y en la vida de los otros hombres. Desde esta perspectiva de fe se dirige a Dios en diferentes actitudes religiosas:

De **alabanza** por su bondad y grandeza sin límites (Dt 32, 3; Sal 98, 113...).

De **agradecimiento** por los dones recibidos gratuitamente y a Dios mismo como don supremo (Is 38, 10; Sal 65, 116).

De **adoración** ante el misterio fascinante y grandioso de Dios que produce asombro y admiración (Ex 4, 31; Is 2, 8; Sal 8).

De **humilde confesión** de la propia indignidad y pecado, y de perdón individual y comunitario, en atención a la misericordia infinita de Dios (Sal 38, 50).

De **súplica** incesante y confiada para poder superar una dificultad o situación apremiante para sí mismo, o para la comunidad (1Re 8, 23; Est 14, 4ss; Jr 15, 15-16).

El orante bíblico no se cierra en una actitud intimista e intelectual sino que su relación con Dios se expresa concretamente en el compromiso por la liberación de sus hermanos y la salvación de la comunidad, por ser precisamente un hombre de Dios (Is 6, 8; Jr 20,7).

En definitiva, la actitud del orante se origina y fundamenta en la revelación del misterio divino del hombre y en la acogida sincera de este designio amoroso de Dios por parte del creyente.

En Jesús, Dios se revela de forma plena y definitiva; el verdadero encuentro de Dios y del hombre se realiza en Jesús. Por consiguiente, si queremos comprender y valorar el significado de la oración, de la actitud orante, como encuentro del hombre y Dios, es imprescindible tomar como referencia esencial la Persona de **Jesús, el gran orante** y el **Maestro de oración**. El es el centro y la piedra angular de la plegaria cristiana.

Según los Evangelios, la actitud orante de Jesús constituye como la "atmósfera vital" en la que se mueve. La oración es algo decisivo e insustituible en la vida de Jesús, como el aire que respira. Toda la vida de Jesús está fundada y entretejida por esta actitud orante. El vive en continua comunicación con el Padre.

Jesús ora incesantemente y en las más diversa circunstancias, ya sea en actitud de alabanza, agradecimiento, súplica, intercesión y

cuya expresión más acabada es la oración del Padrenuestro (Lc 11,1ss).

Esta actitud orante de Jesús se manifiesta de forma más notoria en los momentos más decisivos de su vida, y de modo más intenso y dramático en la última Cena y en su Pasión. Antes de morir su grito fue una oración (Mc 15, 34; Lc 23, 46).

¿Cuál es el fundamento y razón de ser de esta actitud orante de Jesús? ¿Por qué la oración ocupó un lugar tan decisivo en su vida? Sencillamente porque necesitaba vivir y desarrollar intensamente su "sentido de filiación", de sentirse hijo del Padre y, como tal, llevar a cabo su obra.

Sea como fuere su oración, el impulso que la animaba y alentaba no era otro que el de realizar lo querido por el Padre: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34).

Es precisamente para "saber y querer estar" con el Padre haciendo su voluntad y sostenido a impulsos de su amor que Jesús nos enseña a hacer oración, a vivir desde una actitud orante. El rasgo distintivo de la actitud orante de Jesús es su confianza filial y abandono total en el Padre, su **Abba** (Mc 14, 36). Unido a este sentimiento de filiación la oración de Jesús se orienta al cumplimiento de su misión redentora en favor de la salvación de los hombres sus hermanos (fraternidad); es una oración de conexión con la vida y la historia humanas. Al igual que el discípulo, también los cristianos debemos suplicar a Jesús diciendo: "Señor, enséñanos a orar" (Lc 11, 1).

Orar como Jesús es encarnar y vivir las actitudes y contenidos del Padrenuestro:

* **Confianza en Dios:** Sentirse niños en manos del Padre que nos ama sin medida (Mt 6, 8).

* **Reconocimiento de su gloria y santidad:** Hacer que el nombre del Padre sea glorificado y santificado en nosotros por nuestras obras merced a su fuerza poderosa (Jn 17, 2; Mt 5, 16).

* **Búsqueda y realización de su Reino:** Mc 1, 15. Este Reino de Dios que es don del Padre, se hace realidad entre nosotros en la medida que vivamos el Espíritu de Jesús acogiendo con humildad y agradecimiento el amor misericordioso del Padre y haciendo partícipes de ese amor a los demás. Esto exige una conversión radical a Dios y a los hermanos cuya expresión máxima es el amor como ley suprema (Lc 11, 20; Mt 18, 3; Mc 8, 35).

* **Disponibilidad** y obediencia a secundar los planes de Dios por la salvación de los hombres: "Hágase tu voluntad" (Mt 6, 10). Esta voluntad de Dios consiste en aceptar la persona y mensaje de Jesús encarnando, sus actitudes en el propio ser y en la comunidad (Mt 7, 21).

* **Aceptación de la propia vida y de los bienes terrenos** como "dones del Padre" que es necesario pedir cada día, pues lo necesitamos para poder subsistir en el presente de nuestra vida: "danos nuestro pan de cada día". La preocupación agobiante del mañana y el afán obsesivo por asegurarse el futuro, se oponen al espíritu evangélico de Jesús de confiar totalmente en Dios que es Padre providente que cuida de todos con solicitud (Mt 6, 31).

* **Actitud de súplica de perdón** por las culpas -deudas y pecados- personales y comunitarias confiando en la bondad y magnanimidad de Dios a quien puede llamar "Abba" y en la obra redentora de Jesucristo. Para que el perdón divino sea efectivo, el cristiano ha de reconciliarse con el hermano restaurando así la armonía existencial perdida.

Quien no se encuentre en disposición de amar (perdón), ¿cómo puede acoger el perdón de Dios que es amor?. "Padre, perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden" (Mt 6, 11-12).

* **Actitud de petición de ayuda** para vencer la tentación y verse libre del mal confiando en el actuar de Dios, no obstante su silencio, que no permite seamos tentados por encima de nuestras fuerzas. Jesús no desafía ni reclama la actuación de Dios; antes bien, se mantiene en todo momento fiel al Padre y supera la prueba. Del

mismo modo el cristiano con la ayuda de Dios: "Padre, líbranos del Maligno" resiste firme en la fe frente a los embates del Maligno (poderes que esclavizan al hombre) y que ya ha sido vencido por Cristo, (Jn 12, 31; 14, 30).

Para el cristiano, orar no consiste solamente en hacer ejercicios piadosos sino, más bien, en desarrollar y cultivar una actitud habitual que informe todos los actos como expresión de fe que ayuda a descubrir a Dios en todas las cosas y acontecimientos concibiéndole como centro y fundamento de la propia existencia y de toda la realidad. Entonces la vida entera se convierte en oración.

Por esta actitud orante el cristiano se abre, desde la fe, al Dios vivo y verdadero a quien puede llamar con confianza: Abba (Gal 4, 6) en una escucha atenta y silenciosa que hace posible el encuentro con El en un diálogo personal que le cambia y transforma en el silencio. Orar es, entonces, dialogar cara a cara con Dios como con un amigo. El orante cristiano se siente firme en el gozo de la esperanza (Rm 12, 12) apoyado en la bondad y fidelidad de Dios manifestada y realizada en Cristo por la fuerza de su Espíritu. El cristiano, por su actitud orante, vive el encuentro con Dios como "entrega amorosa" a él que le amó primero (1Jn 4, 10) y que se expresa en un compromiso concreto de servicio a los hermanos en la sinceridad del amor; así realiza el mandato del Señor (Mt 22, 36).

Sólo quien vive esta actitud orante está en condiciones de percibir el paso del Señor en la historia humana y discernir bajo la moción del Espíritu "lo que agrada al Padre" (Jn 8, 22). En este sentido, Cristo siempre será el criterio decisivo de la actuación del cristiano (Mt 11, 25)

4ª Radicalismo evangélico

"Todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia lo tengo por pérdida, a causa de Cristo" (Fil 3, 7).

El creyente contemplativo es un "apasionado de Dios" que se sabe amado con amor infinito y salvado por pura gratuidad divina. Atraído por la fuerza de esta bondad infinita de Dios el creyente anhela ardientemente ser transformado en El por la participación de su santidad infinita y alcanzar así, la unión más plena con El. Este es el mensaje que transmite el Evangelio: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48).

Mayor radicalidad no es posible: ¡Vivir la santidad del Padre! El cristiano debe tender a la perfección como modo de encontrar a Dios y que, en definitiva, consiste en el cumplimiento del amor "porque Dios es amor" (1Jn 4, 8).

Y lo que para nosotros los cristianos constituye un camino a recorrer y un ideal a alcanzar, en Jesucristo es realidad plena ya que El es la revelación perfecta del Padre (Jn 1, 14). En Cristo Dios nos amó con un amor infinito y misericordioso. Aceptar y seguir a Jesucristo es acoger y cumplir la voluntad del Padre: "Si me habéis conocido, conoceréis también a mi Padre... el que me ha visto a mí ha visto al Padre (Jn 14, 7.9).

Jesús desvela el misterio y la voluntad de Dios con la proclamación del Reino que tiene en El su cumplimiento (Mc 1, 14-15). El **ya** del Reino implica el reconocimiento y acogida del amor del Padre manifestado en Jesús y la apertura y entrega total de la existencia al servicio de los otros (fraternidad universal).

La perfección del Reino que el Evangelio presenta como fin a alcanzar por todos los creyentes encuentra su expresión más real en el mandamiento supremo de Cristo: "Amar a Dios y al prójimo" (Mc 12, 30-31).

La actitud contemplativa se caracteriza por acoger y realizar la invitación al radicalismo que brota del Evangelio como ley del "todo o nada". Se trata de hacer una opción existencial de un tipo de vida centrada en una dimensión de absoluto y comprometida decididamente con los valores del Reino proclamados y vividos por Jesús.

En definitiva, el radicalismo evangélico tiene su origen y centro en la persona de Jesucristo, el supremo valor y que se expresa en términos de **seguimiento** (Mt 19, 21).

El radicalismo del seguimiento brota de una seducción inicial de la persona y mensaje de Jesús capaz de ejercer una atracción irresistible en el discípulo: "al instante ...le siguieron...se fueron detrás de Jesús (Mc 1, 18, 20; Jn 1, 37).

El creyente es el que ha encontrado en su camino a Jesucristo y se ha sentido fascinado y arrastrado por él; su ser y su vida han sido alcanzados por Jesús.

Esta decisión de seguirle implica necesariamente en el discípulo una **ruptura** con el modo de vida llevado hasta entonces, pues Jesús debe constituir la prioridad absoluta: "dejándolo todo le siguieron" (Lc 5, 11). Para el que sigue a Jesús todos los otros valores (familia, profesión, bienes y hasta la propia vida) se relativizan en función del valor absoluto del Reino manifestado en Jesús (Mt 8, 18-22; 10,34-39).

La opción por Cristo exige también una actitud de total disponibilidad al servicio del Reino: "Y les envió de dos en dos" (Mc 6, 7). Los seguidores de Jesús están dispuestos a **dejarlo todo** a fin de alcanzar el Reino y ponerse a su servicio (Lc 14, 26-27).

El radicalismo evangélico consiste entonces, en la adhesión y entrega incondicionales de sí mismo a Jesús viviendo como El por entero para hacer la voluntad del Padre. No conoce otra ley que el amor sin medida. (Jn 13, 1-15). Seguir a Jesucristo es vivir en "sinceridad de amor" (Rm 12, 9), pues sólo "el que vive en el amor permanece en Dios" (1Jn 4, 7).

El cristiano se introduce en la dinámica del radicalismo evangélico al vivir el espíritu de las Bienaventuranzas, como don gratuito de Dios y tarea que le corresponde realizar incesantemente. Vivir en el espíritu de las Bienaventuranzas significa mantener la fidelidad radical a Jesús y su evangelio, y que conlleva una profunda experiencia de Dios y de las urgencias del Reino. Vivir en el espíritu de las Bienaventuranzas es reconocer que la salvación viene "sólo de Dios" y no del esfuerzo humano.

El cristiano es el "discípulo" que sigue a Jesús tras sus huellas con la única razón de que El le llama, cree en El y le ama, y por eso le sigue. Porque cree en el Reino que trae Jesús, no obstante la negación de las propias expectativas y que pasa necesariamente por la experiencia purificadora de la cruz, el cristiano se compromete a configurar su vida desde el seguimiento de Jesús.

II.- GABRIEL TABORIN

"CONTEMPLATIVO EN LA ACCION"

1.- SEDUCIDO POR DIOS: Itinerario de una aventura.

La vida de Gabriel, al igual que la del profeta, es toda ella una "historia de pasión divina": "Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; Tú eras el más fuerte y fui vencido" (Jr 20, 7).

Pero no busquemos en esta singular historia de Gabriel ningún fenómeno extraordinario y deslumbrante que permita evidenciar, por sí solo, la originalidad y autenticidad de su vocación y misión particular.

Ningún destello espectacular acaece en su existencia que deje traslucir la grandeza de espíritu y la profunda experiencia espiritual del Siervo de Dios. El desarrollo de su honda vivencia cristiana y de su peculiar carisma fundacional en el seno de la Iglesia no son el resultado de una revolución personal copernicana que supusiera un giro sorpresivo y brusco de su existencia al modo de San Pablo, San Agustín o San Francisco. En su itinerario de creyente cristiano no hallamos algo semejante, al menos en su explícita rotundidad, a "la caída del caballo" y a la voz: "Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues"?... ¿Quién eres? Y la respuesta que transformó su vida: "Soy Jesús a quien tú persigues". (Hch.9, 5).

Ni tampoco tuvo una "visitación de Dios" al estilo de Francisco en Espoleto donde escuchó en sueños una voz que le preguntaba: "¿Por qué sigues al siervo y no al Señor?" Y la respuesta de Francisco: "¿Qué tengo que hacer? Su regreso a casa inicia su proceso de conversión a partir, precisamente, de esta súbita y extraordinaria experiencia de Dios que marcó toda su vida.

En Gabriel todo acontece de forma más natural y ordinaria pero no por eso menos radical y atrayente, pues en ese entramado común de experiencias que constituye la existencia humana, él supo dar una respuesta auténtica y generosa realizando en todo momento los designios que Dios tenía sobre su persona. Y este modo sencillo y

decidido de secundar la voluntad de Dios en la propia vida constituye, para todos nosotros, un gran aliciente para querer seguir con entusiasmo el camino de vida cristiana y religiosa transitado por Gabriel, y que, aunque arduo y exigente, se presenta accesible para todos, y no sólo para personas excepcionales. "Para alcanzar la santidad, expresa el Hermano Gabriel, no es necesario hacer grandes cosas, sublimes oraciones, mortificaciones excesivas, actos heroicos, entrar, en una palabra, por caminos extraordinarios" (1).

El itinerario cristiano seguido por Gabriel es atrayente, precisamente por su capacidad de generar confianza y entusiasmo para vivir con autenticidad la propia existencia como forma privilegiada de cumplir la voluntad de Dios que quiere revelar su misterio de amor en los acontecimientos ordinarios de la vida humana. "Es en la retama del camino, dice Ortega y Gasset, donde Dios da sus voces".

En este sentido, Jesús mismo nos ofrece el testimonio y el ejemplo de su vida que se desarrolla progresivamente en el marco habitual de una existencia familiar ordinaria en Nazaret. Y ya en su vida pública sigue su camino de fidelidad al Padre por su anonadamiento y obediencia hasta la muerte de cruz; por eso Dios lo exaltó como Señor (Fil 2, 5ss).

El valor del testimonio de Gabriel consiste, entonces, en el seguimiento de Jesús: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió" (Jn 4,34), cumpliendo fielmente el designio de Dios desde los albores de la niñez hasta el postrer suspiro de su vida: "Quiera él que solo haya trabajado por su gloria" (2). En esto reside el secreto de su grandeza y, a la vez, de su desafío a todos aquellos que quieran continuar por el mismo sendero de su carisma eclesial.

Por tanto, una comprensión verdadera de la persona y vida de Gabriel pasa necesariamente por situar a Dios como punto de referencia básico de toda su existencia. No hay posibilidad de realizar una lectura auténtica de su vida si no es en "clave divina"; es decir, desde Dios y en Dios.

a) Una "vida según el corazón de Dios".

Es la presencia del misterio de Dios en la persona de Gabriel el punto de partida de su vida espiritual, que se halla latente en los primeros años de su infancia y que se irá haciendo más consciente y lúcida a medida que los años transcurran. Esta vivencia del misterio de Dios en el alma de Gabriel hunde sus raíces en su más tierna infancia cuando el corazón comienza a abrirse al misterio de la vida y el mundo. Ahí, en esa tierra propicia, su madre siembra la semilla cristiana "preocupándose con esmero y dedicación por hacer de Gabriel un joven según el corazón de Dios. (3).

¡El corazón de Dios! Ninguna expresión tan adecuada y profunda para expresar el significado de la experiencia de Dios en Gabriel. Según el pensamiento bíblico, el corazón significa lo más interior del ser del hombre; designa su personalidad. "Según el corazón de Dios" indica vivir de acuerdo al modo de ser y actuar de Dios mismo. ¿Y cuál es el ser de Dios? San Juan lo expresa diciendo que "Dios es amor" (1Jn 4, 8). Por consiguiente, obrar según el corazón de Dios consistirá en "amar a Dios de todo corazón" (Mt 22, 37) y a los hermanos (Jn 13, 34) porque él es amor y nos amó primero" (1Jn 4, 10). Así el creyente vivirá con un corazón nuevo (Ez 18, 31) y el Espíritu le hace clamar: Abba (Ga 14, 6). Este amor de Dios arraigó profundamente en el corazón puro de Gabriel y se fue desarrollando paulatinamente en su vida cual semilla que crece sin pausa desde la interioridad silenciosa de la tierra abonada.

Es en este clima religioso del contexto familiar y parroquial donde el alma de Gabriel abierta a la gracia fue acogiendo dócilmente el don sublime del amor infinito de Dios. "Hijo mío, le decía su párroco, ¿ves el sagrario? Dios está ahí. No podemos verle, pero El sí nos ve. Por eso tienes que ser bueno". (4).

Esa chispa divina que se encendió en su niñez pronto se propagó y puso de manifiesto en sus juegos infantiles, tan originales y llenos de encanto y seriedad. Sus "ceremonias" de culto, oraciones, cantos, etc., manifiestan ya su "gran deseo de agradar a Dios" por encima de todo, porque Dios es poderoso y bueno.

Su experiencia de Dios se acrecentó en la asistencia diaria a Misa y oficios litúrgicos que vivía con intensidad, especialmente en la preparación y recepción de los sacramentos de la Eucaristía (12 años) y Confirmación (14 años). "Fui feliz cuando pude hacer la primera comunión, dirá Gabriel al final de su vida,...Nunca se ha borrado de mi corazón ese día" (6).

Y ya en la adolescencia este fuego divino ardía vigorosamente en su corazón que vibraba al ritmo de Dios. "Gabriel iba a cumplir 14 años...Su único proyecto, por entonces, era amar y servir a Dios" (7).

Y al fundar la Congregación de los Hermanos de San José, el Hermano Gabriel utiliza esta simbología del corazón, que tanta resonancia tenía en él, desde su niñez, para hablar del verdadero religioso que, según él debía ser y actuar según el corazón de Dios (8).

b) Una experiencia de amistad divina

Esta experiencia del misterio de Dios es vivida por Gabriel de modo intenso como "percepción del Absoluto" que irrumpe en la propia existencia como fundamento y sentido de la misma. Definitivamente Dios había entrado en la persona y vida de Gabriel y había "tocado" sus fibras más íntimas produciendo una música que ya nunca más dejará de sonar en su existencia. Sus años de búsqueda incierta e irresistible de su vocación y de sus múltiples actividades pastorales son expresión elocuente de su amor a Dios que le quemaba por dentro. "Es la riqueza de su relación íntima con Dios, cultivada en la oración y meditación, el secreto de sus éxitos en Bellefleur - catequista y educador- y de su constancia en las múltiples pruebas que pronto se le presentarían" (9).

Esta Presencia misteriosa de Dios se manifiesta en Gabriel como Realidad Suprema, Omnipotente, Infinita que merece el más absoluto respeto y sumisión. Pero, a la vez, es la Suprema Bondad y Misericordia que atrae con la fuerza irresistible de su amor que merece toda nuestra estima y adhesión incondicional. Dios seduce y atrae por su bondad y amor infinitos, que ofrece gratuitamente al

hombre para establecer con él una alianza de amistad y así hacerle completamente feliz.

Gabriel vive esta "seducción de Dios" de forma intensa y busca sin cesar el modo de ser fiel a este amor de Dios. Es en un momento crucial de su vida, a la edad de 24 años, con motivo de uno de esos "Encuentros misionales" que él tanto apreciaba, que afirma con rotundidad: "Quiero amar a Dios sobre todas las cosas" (10). Tal era la profunda vivencia de Dios que anidaba ya en su corazón.

Para Gabriel el "sentido de Dios" significa abrirse y acoger esa Presencia misteriosa que se presenta trascendente y cercana a la vez; sobrecogedora y atrayente; poderosa y providente. Es esta experiencia profunda de Dios Todopoderoso y Padre bueno la que está a la base de la espiritualidad de Gabriel y la que da sentido a toda su vida y obrar.

Esta experiencia se puede concretizar como un vivir-ante-la-Presencia-de-Dios que revela su gloria en todas las obras del universo (Sal 104) y como Padre misericordioso con el hombre hecho a su imagen y semejanza y que cuida de él con amor providente (Sal 103).

Vivir ante la presencia de Dios es comprender y explicar el ser y la vida propios, como la historia y el mundo, en referencia absoluta a Dios fundamento de todo, principio y fin de todas las cosas. Es reconocer y alabar la gloria y majestad de Dios.

Este impulso por la "gloria y poder" de Dios fue una constante vital de Gabriel desde su infancia y que se acrecentó especialmente tras recibir el sacramento de la Eucaristía, tal como señala su biógrafo.

Su apego y devoción a los actos de culto, realizados con tanto ardor y respeto tienen su origen, precisamente, en su vehemente deseo de dar gloria a Dios por su Bondad y Majestad. "Buscaba la gloria de Dios por encima de todo. Cuántas veces viendo que la casa de Dios se asemejaba más a una choza que a un palacio, el corazón de Gabriel se sentía angustiado y experimentaba un deseo irresistible de entregarse al servicio de la Iglesia" (11).

No es de extrañar, pues, que el objetivo y finalidad principal de su carisma religioso sea la dedicación al culto litúrgico y el cultivo de la fe por medio de la catequesis como modo privilegiado de dar gloria a Dios. Así lo vivió durante su vida y se esforzó ardentemente para que los demás también lo vivieran. "El Hermano Gabriel estuvo durante toda su vida, animado de un celo ardoroso por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y deseaba ver a los demás inflamados como él del amor de Dios y de las almas"(12).

En el inicio de su andadura como fundador de los Hermanos de San José -1824- Gabriel quiere, y así lo expresa, que los Hermanos de esta Sociedad "no deben tener más móvil y preocupación que la gloria de Dios" (13).

Es también la gloria de Dios lo que le impulsa a pedir a Mons. Devie la aprobación de la Congregación de HH. de la Sagrada Familia (14).

Gabriel quería para sí y sus Hermanos que todas las acciones de su vida estuvieran informadas por la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo siguiendo aquellas palabras del Apóstol: "Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios" (1Cor 10, 31), (15).

El mismo se considera un pobre instrumento que Dios ha elegido para mostrar su gloria y poder, realizando por su intermedio, obras admirables (16). Sus escritos están salpicados de múltiples referencias que revelan su honda experiencia de Dios. "El Instituto ha sido fundado antes que nada, para la mayor gloria de Dios y para la propia salvación (17). "Queridos Hermanos: nosotros nos proponemos dar gloria a Dios, salvar las almas y santificarnos nosotros mismos, odiando el pecado y haciéndolo odiar, amando a Dios y haciéndole amar...Sobre todo no olvidemos que venimos de Dios, que es él quien nos ha colocado en este mundo y que nos conserva la vida para conocerle, amarle y servirle y así conseguir la vida eterna. Venimos de Dios, luego a él hemos de volver porque es nuestro fin. Propongámonos ir a él para merecer poseerle eternamente después de haberle servido en esta vida: debemos tender diariamente hacia ese fin glorioso y conveniente para nosotros. Debemos ir a Dios a través de

nuestros deseos y acciones, haciéndolas todas para acercarnos más a él" (18).

No cabe duda que toda la vida espiritual de Gabriel surge y se desenvuelve en base a su profunda vivencia de Dios en quien se siente sostenido e impulsado por su fuerza poderosa. No hay posibilidad de comprender el sentido de su vida y obra sin esta "referencia absoluta" a Dios como "su fuente y su fin". Es en y desde Dios como la persona y obra de Gabriel adquiere su auténtico significado. Es en razón de esta experiencia íntima de Dios que Gabriel vibra intensamente de celo por la gloria de Dios, y constituye como el motor que dinamiza toda su existencia (19). Y al final de sus días redacta su testamento "con el fin de proclamar la gloria de Dios y las gracias de que ha sido colmado por El... Toda la gloria pertenece a ese Dios de bondad a quien agradezco humildemente por haberme confiado una tal misión... quiera El que sólo haya trabajado por su gloria y mi salvación. Pongo mi alma y mi salvación ente las manos de Dios y ofrezco con gusto el sacrificio de mi vida por amor a Dios" (20).

Así pues, "recorriendo la vida y los escritos del Siervo de Dios, vemos rápidamente que tenía una elevada y exacta idea de Dios, de la Majestad, Bondad, Misericordia, Poder y Gloria, y que alentaba en él un ardiente deseo de agradarle" (21). Toda la vida de Gabriel transcurrió ante la mirada de Dios.

Vivir "ante la presencia de Dios" consiste en establecer un encuentro de amistad expresado en un diálogo interpersonal profundo que conduce a la unión íntima con El.

La santidad cristiana consiste, precisamente, en vivir la relación con Dios en estrechos lazos de amistad, como con un amigo que brinda gratuitamente su amor infinito y que nunca falla. En Gabriel, esta relación amistosa con Dios se inicia en su tierna infancia. "Su deseo constante de instrucción religiosa ¿no era una forma ostensible de su amor a Dios"? (22). Se va acrecentando progresivamente en su vida, de tal manera que ese fuego que ardía en su interior no podía menos que traslucirse en su relación con los demás. No es de extrañar que el Santo Cura de Ars, en su primer

encuentro con Gabriel, intuyera su grandeza de alma llamándole "amigo de Dios" (los amigos de Dios se reconocen pronto).

El deseo de Gabriel es que también sus religiosos vivieran en esta amistad divina: "Por lo demás, queridos Hermanos, no tienen nada que temer; son amigos de Dios y éste les protege en todo tiempo y lugar" (23).

La amistad de Dios lleva a buscar y realizar todo aquello que a El le agrada y a desechar lo que aleja de El. Los religiosos, dice el Hermano Gabriel, "practican la obediencia por amor a Dios, es decir, con el único objeto de agradarle y hacer su voluntad... Deben procurar hacerlo todo en Dios, por Dios y según Dios. Con el santo deseo de agradar a Dios eliminarán de su vida todo lo que en ella descubran de contrario a la voluntad divina" (24).

Las pruebas y dificultades, en vez de alejarnos de Dios, deben ser motivo para una mayor adhesión pues son una "señal del amor de Dios" (25). "Cuando el religioso es despreciado, insultado o criticado aun habiendo cumplido con sus obligaciones, se considera feliz de poder sufrir esa manera de ser tratado por amor de Dios" (26). Por el contrario, "si experimenta las dulzuras y consolaciones celestiales, no las desestima sino recíbanlas con profunda humildad y tratando de amar a Dios con más fervor y de servirle con más amor" (27).

Vivir "ante la presencia de Dios" es, ante todo, "sentirse amado" por El con amor infinito de Padre lleno de ternura y misericordia (Lc 15). El nos sostiene y sabe lo que nos hace falta; por eso debemos dejarnos conducir por El y abandonarnos a su voluntad, pues en El está nuestra salvación. "Nada te turbe...quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta", decía Santa Teresa.

Piensa, dice el Hermano Gabriel, que Dios está presente siempre en tu interior. "¡Cuán sublime debe ser la idea que los Hermanos tengan de Dios y sus divinas perfecciones! ¡Cuánto deben amarlo y hacerlo amar, alabarlo, bendecirlo y, sobre todo, servirlo con una gran fidelidad todos los días de su vida para que lleguen a verlo y poseerlo un día en el cielo!" (28).

Vivir ante la presencia de Dios es, en definitiva, acoger este amor de Dios en nuestros corazones de tal manera que El ocupe el "centro del alma" como expresa San Juan de la Cruz. Y este amor recibido de Dios es el que nos impulsa a expandirlo a los demás en una actitud de disponibilidad y entrega generosa de amor y servicio sinceros (1Jn 4, 7ss).

Sólo un corazón inflamado del amor de Dios como el de Gabriel puede expresar unos sentimientos tan ardientes y profundos acerca del misterio insondable de Dios. "Cuando el hombre reflexiona y entra en sí mismo, advierte que todo es vanidad en este mundo, excepto amar y servir a Dios. Importa, pues, queridos Hermanos, amar y servir a Dios con fervor, ese es uno de los fines para los que nos creó. Amar a Dios es preferirlo a todos los bienes, placeres y honores de este mundo; es preferirlo a nosotros mismos. ¿Lo amamos así? Servir a Dios es cumplir su voluntad. Comportaos de una manera digna de Dios procurando agradarlo en todo y dando frutos en toda clase de buenas obras. Creced en el conocimiento del Dios de bondad que os ha creado para la felicidad eterna" (29).

Y Gabriel deja expansionar su corazón que palpita entusiasmado al "ritmo de Dios" con acentos vibrantes y llenos de ardor espiritual. "Debemos ir a Dios a través de nuestros deseos y acciones, haciéndolas todas para acercarnos más a El. Sí, queridos Hermanos, debemos practicar el bien incluso en las obras más insignificantes, tener la intención de agradar a Dios y de hacernos dignos de poseerlo en el cielo, porque las obras más pequeñas pueden propiciarnos esa dicha si las hacemos por Dios. Vamos a Dios cuando lo bendecimos tanto en lo bueno como en lo malo. La necesidad que tenemos de El debe comprometernos a buscarlo con sumo interés... Debemos ir a Dios constantemente, no aflojando en la práctica de las virtudes ni en el cumplimiento de nuestros deberes. Semejantes a una corriente de agua que va hacia el mar como hacia su centro, así nosotros debemos volver a Dios que nos ha creado... Igual que la corriente de agua que va hacia el mar no se detiene entre las piedras y las zarzas que encuentra..., de la misma manera tampoco nosotros debemos pararnos en el camino que nos lleva a Dios... El agua parece que está siempre inquieta, se diría que murmura y se queja por estar

lejos del mar. Si amásemos a Dios no nos gustaría estar lejos de El y abandonaríamos con toda tranquilidad este mundo de destierro para encaminarnos, cuanto antes con este Buen Padre" (30).

El amor que el Espíritu Santo derramó tan profundamente en el corazón de Gabriel le impulsaba a imitar la perfección del amor de Dios (Mt. 5, 48), de su misericordia infinita (Lc 6, 36).

c) Una vida teologal

Toda la vida de Gabriel es un testimonio auténtico de lo que significa "vivir en el amor de Dios", de un amor a Dios encarnado en la entrega generosa por el bien de sus Hermanos y la salvación de los hombres.

Pero si la **caridad**, como don de Dios que se realiza en los otros, constituye la manifestación suprema y el punto culminante de la vida espiritual de Gabriel, de su experiencia de Dios los **otros dos pilares** que la sostienen y dinamizan, son **la fe y la esperanza cristianas**.

La espiritualidad de Gabriel está sólidamente afincada y polarizada en la **vida teologal** como unidad indisoluble de la fe, esperanza y caridad, y que constituyen las realidades fundamentales de la vida cristiana. Así lo expresa Gabriel: "Las virtudes teologales son el fundamento de la vida cristiana. Practicad religiosamente las virtudes teologales como medio necesario para vuestra santificación (31).

Su biógrafo dice al respecto: "La fe y sus frutos -la esperanza y la caridad- fueron el alma de toda su vida. Guiado por la fe, animado por la esperanza, dominado por el amor divino, hablaba de Dios a sus Hermanos, de sus perfecciones y de los gozos inefables de los elegidos en el cielo" (32).

Por la fe como don de Dios, el creyente reconoce la absoluta soberanía de Dios, su poder infinito. El es el único fundamento de todo lo que existe, que se da a conocer al hombre como Santidad Suprema y le ofrece gratuitamente la salvación (LG 2; DV 1, 2).

Como Abrahán, el padre de los creyentes, el auténtico creyente responde con docilidad al llamamiento de Dios en una auténtica entrega incondicional, pues él es fiel a sus promesas (Hb 11, 12).

Confesar la fe significa fiarse por completo de Dios, de su Palabra, pues él es la roca firme en la que se halla la seguridad total. Creer en él es escucharle y conformar la propia vida a su voluntad renunciando a los ídolos y a cualquier tipo de seguridades humanas, ya que sólo Dios salva.

Por la fe el cristiano interpreta la propia existencia desde Jesucristo, la revelación plena del Padre (Jn 14, 6). Es la fe en Jesucristo la que salva y esta fe viene de Dios. La fe del cristiano se fundamenta en la Pascua (Hch 2, 32). Creer es adherirse a Jesucristo, muerto y resucitado, acogiendo el Evangelio anunciado por los discípulos y confesando que Jesús es el Señor (Hch 2, 37).

Por su fe el cristiano se adhiere a la verdad plena iluminado y fortalecido por la fuerza del Espíritu que le hace penetrar en la intimidad divina. El creyente cristiano se convierte en una "criatura nueva" por su configuración con la Persona y actitudes de Jesucristo (Gal 6, 5; Ef 4, 24).

La vida de Gabriel es el testimonio evidente de una fe inquebrantable e indestructible, a pesar de las muchas dificultades, o mejor, precisamente por esas pruebas se pone de relieve la fe profunda, enraizada y sostenida en Dios.

Desde sus primeros años en Belleydoux, Gabriel fue cultivando la semilla de la fe sembrada por Dios en el Bautismo y que crecía con pujanza en la tierra abonada por la gracia divina, especialmente por los sacramentos de la Eucaristía y la Penitencia; pero, a la vez, por las excelentes disposiciones espirituales de Gabriel. Su fe germina y se acrecienta a medida que conoce mejor a Dios, pues sólo se ama profundamente cuando se conoce realmente. ¡Y cómo anhela Gabriel conocer más y mejor a Dios!

Una prueba que confirma esta constatación es su empeño y dedicación por la instrucción religiosa en las clases de religión y en las

catequesis. "Estudiar la religión le atraía de manera especial. Continuó asistiendo al catecismo después de hacer la primera comunión aunque no le obligaran a ello, e, incluso, el párroco le nombró su auxiliar en el catecismo" (33).

Este conocimiento y experiencia de los misterios de Dios puso las bases de la fe de Gabriel, que se fue robusteciendo con las pruebas respecto a su vocación y misión. Su actitud firme ante ellas no deja lugar a dudas de su fe inquebrantable en el poder y bondad de Dios y de su total adhesión a su voluntad. Para Gabriel, las pruebas son a la luz de la fe, señales de la presencia y actuación divinas. "Dios quería que esta obra pasara por el crisol de una gran prueba, seguida de muchas otras tribulaciones, las cuales han sido siempre a través de los siglos la herencia y la marca de las obras de Dios... Las obras de Dios han pasado siempre por el crisol de las pruebas y persecuciones" (34). Y a Mons. de Langalerie le escribe: "Los hombres nada pueden contra aquel a quien Dios quiere proteger. Me concede su gracia de una manera visible. Las persecuciones y las pruebas han podido herir mi amor propio, pero jamás me han desanimado" (35).

Es su fe la que le guió y mantuvo firme en la búsqueda y realización de su vocación desde sus primeras manifestaciones en el internado de Chatillon -16 a 18 años- donde comienza a sentirse atraído hacia la vocación religiosa como "una fuerza irresistible" (36) y que llegará a decidirse en la misión de St-Claude -22 años- (37). Finalmente, cuando decide fundar una congregación -a la edad de 24 años- nada le hará cambiar el rumbo tomado en la certeza de su fe que le indicaba que Dios le eligió para tal misión. "Para fundar el Instituto necesitó, como San José, una fe que descubría a Dios en todo acontecimiento, y que iba adelante a pesar de los pobres medios humanos, confiando siempre en Dios. El Señor le había inspirado la fundación de la Congregación (38).

Gabriel se condujo en todo momento con gran espíritu de fe, hasta el punto de que al final de su vida pudo afirmar con sinceridad y certeza: "Confieso ante el cielo y la tierra que nunca he tenido dudas contra la fe" (40).

En definitiva, Gabriel cultivó y vivió intensamente la virtud teologal de la fe de tal manera que los que le conocieron llegaron a afirmar unánimemente que la fe era "el principio y el norte" de todas sus acciones, la antorcha que iluminó su vida; la virtud característica que guiaba su conducta, alentaba su vida y esclarecía sus acciones (41).

Esta fe viva y activa de Gabriel se refleja admirablemente en sus escritos, a través de los cuales el Fundador deja explayar su corazón que ardía en deseos de encender y animar la fe de los demás, en especial de sus Hermanos. Basta recordar algunas de sus manifestaciones: "Ya llevamos remando unos cuantos años con todas nuestras fuerzas, a menudo con vientos contrarios y en medio de tormentas; pero orientados por la brújula de la fe y sostenidos por la confianza en Dios nunca jamás nos hemos desanimado" (42). "La fe debe brillar en el espíritu y en el corazón de un religioso del mismo modo que brilla el sol en el cielo los días hermosos y serenos. El religioso que no tiene una fe viva está muy expuesto a perderse (43)".

La fe, según el Hermano Gabriel, es un don recibido de Dios en el bautismo y que debe animar todas las acciones de la vida (44). La existencia cristiana y religiosa se fundamenta y rige por el "espíritu de fe". El Hermano Gabriel nos ofrece algunos rasgos que le caracterizan:

El espíritu de fe consiste:

* En reconocer a Dios como fundamento del propio ser y de todo lo que existe ("el ojo de Dios todo lo ve...su brazo poderoso sostiene el universo...su Providencia lo gobierna todo").

* En aceptar la dependencia del hombre con el Señor de todas las cosas, sometiéndonos dócilmente a su voluntad salvadora.

* En juzgar todas las cosas y acontecimientos desde el punto de vista de la fe, buscando y estimando sólo lo que agrada a Dios y contribuye a su gloria.

* En descubrir a Dios en todas las criaturas, elevándonos hacia El para amarlo y alabarlo en todo momento.

* En entregarse decidida y generosamente por la salvación de los hombres en un compromiso real con los hermanos.

En todo caso, siempre debemos estar en la actitud de decir con los Apóstoles: "Señor, aumentanos la fe" (Lc 17, 5). (45)

Y si la fe es la que guiaba sus acciones y el norte que orientaba su vida, su esperanza firme era la que le sostenía y animaba, pues Dios constituía su "único apoyo y seguridad" (46)

La esperanza del creyente en la perspectiva bíblica, consiste en la apertura al Dios de la promesa que ofrece una salvación definitiva al hombre (Dt 26, 1..; Os 2, 21ss).

La esperanza del cristiano se basa en Jesucristo, en quien se cumple la Promesa de Dios (Hch 13, 32-33; Hb 5, 7), y que por su victoria sobre el pecado y la muerte inaugura la vida nueva para el hombre (Lc 24, 25-27; 1Cor 15, 20ss). Con la venida de Jesús comienza la realidad esperada del Reino de Dios que "ya está" entre nosotros, aunque "todavía no" ha llegado a su realización plena.

La actitud de esperar del cristiano se manifiesta en su confianza en el amor de Dios como garantía de futuro, pues Dios que nos ha llamado es fiel (1Tes 5, 24). La esperanza cristiana se purifica y robustece en medio de las dificultades y contradicciones como ejercicio de la paciencia y que impulsa al cristiano al compromiso por la extensión del Reino, en el "aquí y ahora" de un servicio real al hermano (Jn 15, 12). Es una espera activa y vigilante (Mt 24, 37). El cristiano vive en el gozo de la esperanza que es fruto de la Pascua de Cristo (Jn 20, 20; 1Cor 1, 3-7) que le introduce en la novedad del Reino en la certeza de que para Dios nada es imposible

En Gabriel la virtud de la esperanza se orienta y manifiesta de modo fundamental en su total confianza en el Poder y Bondad infinitos de Dios que quiere salvar a los hombres y hacerles felices invitándoles a unirse con El.

La vida de Gabriel constituye un claro exponente de esa confianza y abandono en Dios como Padre providente que cuida con solicitud de sus hijos porque les ama infinitamente. Por tal razón, Gabriel se fía siempre de Dios, pues El nunca falla.

Algunos hechos de su infancia atestiguan ya esa vivencia intuitiva en el corazón del pequeño Gabriel, lleno de candor y vivacidad (47).

Esta esperanza, todavía incipiente, se fue acrecentando a medida que crecía y puesta a prueba en las más diversas y arduas dificultades que se le fueron presentando, de modo especial, con ocasión de la fundación y desarrollo de la Congregación por él fundada (48).

Ya en carta a Mons. Devie le expresaba: "Grandes han sido mis pruebas, pero puedo asegurarle con toda sinceridad, que nunca he experimentado mayor alegría interior que en esos momentos. Nunca llegaron a inquietarme "porque mi esperanza estaba en Dios". Tenía plena confianza de que El sabría llevar adelante su obra si efectivamente era suya" (49).

En los comienzos de su fundación, a pesar de los sucesivos fracasos y de los pobres medios humanos con que contaba, su confianza en Dios era total e inquebrantable, "Pues nada pueden hacer los hombres contra aquél a quien Dios quiere proteger" (50).

En la vida de Gabriel es notorio su abandono en la Divina Providencia "en la que siempre he tenido la mayor confianza y que siempre me ha ayudado de manera palpable" (51). Esta confianza en la Divina Providencia es una constante de su vida y que se manifiesta, de manera especial, en su actitud firme y serena para afrontar las múltiples y urgentes necesidades tanto de orden material como espiritual en las que veía inmersa su obra fundacional.

Sus cartas y escritos ofrecen un testimonio evidente de su constante preocupación por la pequeña porción de la Iglesia que Dios le encomendó a su cargo y, a la vez, su inquebrantable confianza en la Providencia. "Nuestra casa es de las más pobres, dice refiriéndose a la de Belmont, pero esto no me desalienta pues pienso que si Dios nos

quiere así, no nos abandonará" (52). Y en los momentos de extrema pobreza en Belley donde la comunidad -unas 50 personas- deben alojarse en un invernadero, el Hermano Gabriel dio pruebas de una confianza absoluta en Dios. "¿Qué méritos tendríamos ante el Señor si todo sucediera conforme a nuestros deseos?...Todo esto me lleva a confiar cada día más en la Providencia de Dios en cuyas manos he puesto nuestros asuntos (53).

"En tales circunstancias, expresa, nos parecíamos a nuestros santos Patronos María y José cuando fueron a Belén. Todos parecían rechazarnos" (54). Y, una vez que pudieron adquirir una casa:"Es el caso de decir que Dios da sus bienes a quienes prometen entregarse totalmente a El" (ib).

La fe del Fundador y su confianza en la Providencia se comunicaba a todos, manifiesta su biógrafo. Esta confianza total en los designios de Dios le impulsaba decididamente a pedir al Papa la aprobación del Instituto cuando apenas contaba con una veintena de Hermanos profesos. El Hermano Gabriel señala a este respecto: "Hace algunos años, particularmente en los comienzos de la Congregación, no se me pasaba por la cabeza que el Instituto, con tantas dificultades y tan sacudido de una y otra parte en su origen, llegaría a ser aprobado algún día por el Sumo Pontífice; pero está visto que cuando el Señor pone su mano en un asunto, éste llega siempre a buen puerto... ¡Cómo la Divina Providencia me ha ayudado en la ciudad santa en mis gestiones!" (55). Y al párroco de Belleydoux le manifiesta: "Cuando Dios quiere impulsar una obra, ésta consigue siempre triunfar, a pesar de las contradicciones y sale adelante, incluso sirviéndose de los instrumentos más débiles. ¡Bendito sea siempre en todo un Dios tan bondadoso! Que se cumpla siempre su voluntad" (56). Y si como reza el dicho popular: "De la abundancia del corazón habla la boca", cuán lleno del amor y confianza en Dios debía estar el corazón de Gabriel, a juzgar por la insistencia e intensidad con que hablaba de El a todos y en especial a sus Hermanos.

"Que el Señor realice nuestras esperanzas y os conserve en su santo amor... Esperándolo todo, como siempre, de la infinita bondad de Dios que siempre ha escuchado nuestra oración y nos ha colmado

de gracias, y poniendo humildemente en sus manos todos nuestros asuntos y los intereses de nuestro Instituto" (57)

Su vivencia profunda del misterio de la Bondad y Misericordia de Dios llegaba a contagiar y arrastrar a los que con él se relacionaban. El secreto de este entusiasmo contagioso hay que buscarlo en "su abandono sin reservas a Dios, Padre providente. Por eso nunca cedió al desánimo y desaliento" (60). "Los buenos religiosos no tienen nada que temer, son amigos de Dios y El les protege en todo tiempo y lugar. ¿No es El quien nos da a todos el pan de cada día y quien ha creado todas las cosas para todos? ¿No nos anima el dulce pensamiento de una buena muerte?. El ha dado fuerzas a los mártires en medio de las persecuciones y sufrimientos" (61).

Jesús habla de la confianza absoluta que hay que tener en la Providencia divina, pues "el Padre sabe lo que necesitamos; nuestra preocupación debe consistir en la extensión del Reino de Dios" (Lc 12, 22ss). Gabriel vivió intensamente esta actitud evangélica y procuró, a la vez, transmitirla a los demás. "Estemos tranquilos, queridos Hermanos, sobre nuestro porvenir, en cuanto se refiere a las cosas materiales. Si Dios permite que los pájaros del cielo tengan sus nidos y las zorras sus madrigueras; si alimenta a los reptiles de la tierra y se ocupa de los más pequeños insectos, ¿abandonará acaso a los que hacen y quieren hacer voto de pertenecerle sólo a El en el santo estado religioso?" (62)

Esta "actitud de esperar" fundada en la confianza plena en Dios, implica una disposición activa y vigilante del creyente (Mc 13, 33) a fin de secundar y contribuir a la extensión del Reino de Dios anunciado por Jesús.

El Hermano Gabriel reitera con insistencia en sus escritos la necesidad de vivir en esta actitud de vigilancia permanente en el seguimiento de la voluntad de Dios, y alerta a los muchos y continuos peligros que acechan al cristiano y al religioso en su camino hacia Dios.

La espiritualidad cristiana se orienta hacia un horizonte de transcendencia que sobrepasa los límites caducos de la existencia

mundana y busca alcanzar los imperecederos (1Cor 9, 25). El creyente espera conseguir los bienes celestiales en ese nuevo cielo en el que veremos a Dios a "rostro descubierto", como dice el Apóstol y donde Dios será todo en todas las cosas (1Cor 15, 23).

El sentido último de la espiritualidad cristiana consiste en la unión definitiva con Dios en la eternidad. Así lo entendió y vivió de modo profundo y radical el Hermano Gabriel. Su vida fue una flecha lanzada al infinito de Dios, en tensión permanente hacia la patria celeste en donde se verá a Dios tal cual El es (1Jn 3, 2).

Quizás las páginas más vibrantes y maravillosas de sus escritos son aquellas en que se refiere a esa esperanza de la unión definitiva con Dios en el cielo. "Dios ha creado al hombre para hacerlo feliz, y es en el cielo, queridos Hermanos, donde le ha preparado la felicidad... He aquí en qué consistirá esa felicidad: Veremos a Dios, lo amaremos y lo poseeremos. Pero lo veremos sin velos, la amaremos sin división y lo poseeremos sin temor a perderlo jamás... Veremos a Dios y en Dios admiraremos las efusiones de su bondad divina sobre nosotros durante nuestra vida... Veremos a Dios y en Dios descubriremos los medios hasta entonces impenetrables de su Providencia... Veremos a Dios y en El adoraremos sus amables perfecciones, contemplaremos sin obstáculos su belleza arrebatadora, siempre antigua y siempre nueva; su soberana sabiduría, tan clara en los designios, tan segura en los proyectos, tan impenetrable en los consejos... Veremos a Dios y lo veremos cara a cara, sin velos, sin nubes, tal como es en sí mismo... Veremos a Dios y lo amaremos con todo nuestro corazón, que no se encontrará ya dividido en sus sentimientos ni desviado en sus afectos. Dios será su ocupación y su centro. Amaremos a Dios y estaremos seguros de amarlo siempre. ¡Oh amor! ¡Oh brasero ardiente! ¡Oh divino incendio! ¡Abrásanos, consuénenos ya desde ahora con ese fuego celeste!... Veremos a Dios, y viéndole, lo amaremos; amándolo lo poseeremos, siendo este el término y la coronación de la felicidad. Poseeremos a Dios y todos los bienes con El..." (63).

En definitiva, la persona y la vida de Gabriel giran en una **órbita teocéntrica**: Dios es su fundamento y centro esenciales. En

todo momento él se siente impulsado por la fuerza poderosa del Espíritu de Dios que le hace descubrir los designios divinos y entregarse decidida y generosamente al servicio de los demás para conducirlos a Dios.

En verdad, como expresa acertadamente su biógrafo, el ser y la existencia del Hermano Gabriel estaban como "anclados en el océano insondable del misterio infinito de Dios".

2. GABRIEL: TESTIGO DEL REINO DE DIOS

*" Y oí la voz del Señor: ¿a quién enviaré?
¿quién irá por mí? Y yo le dije: Aquí estoy,
envíame" (Is 6,8).*

a) La llamada divina: Mediaciones

Cuando Dios llama es necesario prestarle la obediencia de la fe (Rm 1, 5). Esta fue, tal como vimos anteriormente, la actitud de los profetas elegidos por Dios en vistas a una misión. Es el caso de Isaías (6, 8), de Samuel (3, 4ss) y de Jeremías que ante la llamada de Dios designándole profeta exclama: "Ay , Señor mío, mira que no sé hablar, que soy un muchacho... Yavé le responde: No tengas miedo que yo estoy contigo para librarte", (Jr 1, 4ss). Finalmente Jeremías se entrega al servicio de la misión encomendada seducido por la fuerza y el amor de Dios: "Me sedujiste, Señor... (20, 7).

En María se manifiesta de modo eminente esta actitud de "obediencia de la fe" al plan divino sobre su persona. Elegida para ser Madre de Dios, María, creyendo y obedeciendo, se abre y abandona al Señor en disponibilidad total a la acción del Espíritu que la llena de gracia.

El momento decisivo fue la anunciación en el que María acogiendo el anuncio del ángel, da su consentimiento al designio divino pronunciando su "fiat" como decisión de su fe. "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). María es aquí la figura y modelo de la vida según el Espíritu que se abre plenamente a Dios haciendo posible la realización de su voluntad sobre la humanidad (L.G, 56).

La anunciación representa el momento culminante y, a la vez, punto de partida de este camino de la obediencia de la fe de María y que se manifestará posteriormente de modo realmente heroico a lo largo de todo su camino hacia Dios (LG 57-59; J. Pablo II, R. Mater,

págs 22-33). Así María avanzó en la "peregrinación de la fe" y se mantuvo fiel al designio de Dios cumpliendo la misión por El encomendada en la unión con su Hijo hasta la Cruz: "Mujer, he ahí a tu hijo" (Jn 19, 26-27). Y en el comienzo del peregrinar de la Iglesia, allí está presente María con los Apóstoles en el cenáculo (Hch 1, 14). Como Madre de Dios es tipo y modelo de la Iglesia por su obediencia y fidelidad a la Palabra de Dios. (L.G. 61-64; J.P.II, R.M. 44ss).

El mismo Cristo comprendió y realizó su misión salvadora como obediencia al querer de Dios: "He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hb 10, 5-7).

Su vida, predicación y acción revelan la realización plena y perfecta del amor y fidelidad al Padre (Jn 4, 34). Jesús pide a sus discípulos esta misma actitud de "escucha" a la llamada de Dios y de "abandono" a su voluntad. Es Jesús el que llama a los que quiere para compartir su misión. La respuesta ha de ser sin dilaciones y radical (Mc 1, 16-18).

La opción por el Reino conlleva una decisión personal, libre y definitiva, que afecta de forma absoluta a toda la vida del creyente.

Con los profetas, María y tantos otros testigos del Reino en la historia de la Iglesia, también Gabriel escuchó la voz de Dios que resonaba en su interior y supo responder con prontitud y generosidad a esa llamada divina siendo fiel durante toda su vida a la misión que Dios le encomendó.

Por lo que a su vocación se refiere, cabe señalar una vez más, que la llamada de Dios a Gabriel no se realiza a través de fenómenos extraordinarios, tal como aparecen en la vida de los profetas bíblicos y de otros fundadores de institutos religiosos.

En Gabriel todo acontece de modo más natural y sencillo acorde con la evolución normal de la persona que en el desarrollo progresivo de su ser escucha y descubre el "paso del Señor" en los acontecimientos ordinarios de la existencia. Como la semilla ha germinado desde la profundidad silenciosa de la tierra, así la vocación de Gabriel, depositada cual semilla en su corazón por la acción divina,

se fue desarrollando lenta pero constantemente hasta alcanzar el vigor y firmeza de su entrega libre y total a Dios.

¿Cómo comprender y explicar la vocación de Gabriel?

No cabe duda, a juzgar por su vida y testimonios escritos, que en el origen de su vocación existe una "intensa y profunda experiencia de Dios", tal como hemos podido constatar anteriormente.

Desde su niñez Gabriel se siente fuertemente "atraído" y empujado por la fuerza misteriosa e irresistible de Dios que inunda su corazón infantil y que, sin llegar a ser plenamente consciente, se expresa en múltiples actividades de índole religiosa, fruto de esa energía espiritual desbordante. Esta vivencia de la relación con Dios como Misterio Absoluto y seductor, origen y fin del hombre y del mundo, fue acreciéndose en el transcurso de su vida hasta poder llegar a reconocer con nitidez la llamada de Dios en su vida.

La "chispa divina" encendida en su ser infantil se transformará posteriormente en una hoguera ardiente de amor de Dios. "Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda? (Mt 12, 49).

Es precisamente esta experiencia de Dios el fundamento de la vocación de Gabriel; de aquí surge, se sostiene y desarrolla. Porque conoce y ama profundamente a Dios, Gabriel se consagra totalmente a El y se abandona a su voluntad.

Ahora bien, ¿de qué manera y por qué medios "descubre y reconoce" la llamada de Dios que le elige para una misión tan elevada -como abrumadora e irrealizable por sus propias capacidades humanas- de fundar un Instituto religioso en el seno de la Iglesia? **Es cierto que Dios está en el principio de la vocación de Gabriel;** pero esto no supone que la llamada de Dios se realizara directamente y fuera escuchada de forma inmediata y clarividente. Claro está que Dios puede hacerlo; tal es el caso de María, los profetas y otros personajes religiosos, pues "para Dios nada es imposible" (Lc 1, 37). Sin embargo, cuando Dios llama a alguien en vistas a una misión, no

utiliza habitualmente modos extraordinarios sino los "medios normales a través de las llamadas intermedias", en las cuales deja oír su voz a quien está en disposición de escucha. Es decir, Dios se comunica a través de "mediaciones" que el hombre es capaz de percibir y comprender como "signos" de la presencia y voluntad divinas.

El "itinerario vocacional de Gabriel está también orientado y dirigido por estas mediaciones comunes de la persona y existencia humanas. A través de ellas Gabriel "entiende" lo que Dios quiere de él y, en consecuencia, responde libremente a la voluntad divina.

Una de estas principales mediaciones acontece en el hecho de la propia intimidad personal; es la tendencia natural, íntima y profunda de la persona y que, en términos de alguna corriente de la psicología moderna, se define como el "fondo vital" de la estructura personal.

Tanto si nos atenemos a lo expresado por el propio Gabriel en el relato que hace de su experiencia vocacional como al testimonio de otras personas que le conocieron, en especial de su biógrafo, el Hermano Federico, constatamos fácilmente el hecho de que Gabriel, ya desde su infancia, sentía en su interior una "inclinación o impulso natural desbordante" hacia las cosas de Dios; es decir, deseaba fervientemente conocer y agradar a Dios por encima de todo. Esta inclinación se manifestaba de diversas formas en su vida, a saber: interés por conocer y comprender mejor los misterios divinos a través de las clases de religión y de las sesiones de catequesis "voluntarias"; empeño y fervor en la asistencia a los actos de culto como expresión de la gloria de Dios, y que llegaba a ser verdadera pasión para él hasta el punto de volver a representar y revivir, a menudo, dichas ceremonias litúrgicas en su casa o en el campo, con sus compañeros de escuela. Aplicación y entusiasmo por aprender las enseñanzas impartidas en la iglesia o en la escuela y afán por transmitírselo a sus compañeros, etc. (64).

Se puede afirmar que lo que posteriormente será la base y orientación principal de su vocación y misión -culto, educación, catequesis- había brotado ya, como en germen, en esta tendencia natural de su niñez. El mismo Gabriel hablará años más tarde a este

respeto: "Desde mis primeros años, recuerdo que sentía una atracción muy grande por las explicaciones del catecismo y que no faltaba nunca a ellas... Aquellas pequeñas capillas que yo construía para reunir a los niños de mi pueblo y celebrar algunas ceremonias infantiles eran como un "presagio" de que un día sería al menos destinado al servicio de Dios en la vida religiosa. (65).

"Declaro que desde mi adolescencia sentía una inclinación muy especial hacia la vida religiosa" (66). "Desde mi más tierna infancia Dios me concedió la gracia de apreciar mucho el canto divino y las ceremonias de la Iglesia... Siempre gozaba con las ceremonias litúrgicas bien hechas. En cuanto pude participar de alguna manera en ellas, lo hice de todo corazón" (67).

En definitiva, la persona y la vida de Gabriel giran en una órbita teocéntrica: Dios es su fundamento y centro esenciales. En todo momento él se siente impulsado por la fuerza poderosa del Espíritu de Dios que le hace descubrir los designios divinos y entregarse decidida y generosamente al servicio de los demás para conducirlos a Dios.

En verdad, como expresa acertadamente su biógrafo, el ser y la existencia del Hermano Gabriel estaban como "anclados" en el océano insondable del misterio infinito de Dios.

En referencia a esta inclinación religiosa, afirma su biógrafo, que la madre del pequeño Gabriel advertía en él disposiciones poco comunes para la piedad y la práctica de las virtudes. Su respeto, el recogimiento en sus oraciones, su deseo de agradar a Dios, así lo revelaban (68). Y prosigue: "Como todos los días iba a misa..., el gusto innato que sentía por las ceremonias litúrgicas le impulsaba a reproducirlas..." Y de su afán por conocer mejor la doctrina cristiana, dice: "Estudiar la religión le atraía de manera especial...Después de su primera comunión no dejó de asistir a las catequesis de los niños, aunque nunca le obligaran a ello ni el párroco ni sus padres" (69).

Y Marta des Garets de Ars hace una semblanza del pequeño Gabriel en estos términos: "Gabriel Taborin tuvo una infancia tan pura, una juventud tan fervorosa que hacía prever que el Señor tenía

proyectos especiales sobre él; Dios tenía sus planes y Gabriel sus inclinaciones. Cuando Dios habla a un alma que escucha, todos los proyectos humanos no son más que simples espejismos... Y Gabriel resolvió obedecer esta llamada de Dios que animaba sus "aspiraciones interiores" (70).

Esta "natural inclinación" por dedicarse gustoso al servicio de Dios y de los demás por medio del culto, la educación y la catequesis, fue haciéndose más lúcida y explícita a medida que transcurrían los años hasta descubrir en ese impulso la primera llamada de Dios y seguir, en consecuencia, la voluntad divina en una decisión personal y libre.

En el itinerario vocacional de Gabriel aparecen, además, **otras mediaciones** que le ayudaron a discernir y comprender mejor el camino indicado por Dios. Una de esas mediaciones es **el contexto o ambiente familiar** en el que nace y vive durante un período prolongado y decisivo de su existencia.

La familia es el primer núcleo en el que la persona se desenvuelve y, como tal, ejerce una influencia fundamental en el desarrollo de la personalidad del individuo. El despertar vocacional acontece, precisamente, en el seno de la familia; de ahí la importancia que tiene el cultivo de los valores cristianos en ese primer ámbito donde germina y se desarrolla la vocación.

No cabe duda que el ambiente familiar que rodeó a Gabriel, de profunda vivencia cristiana, fue como el "fresco manantial" donde comenzó a beber y saborear el agua pura de la divina gracia. Fue allí donde Gabriel, cual hermosa flor que germina en tierra bien abonada, pudo abrir su alma a Dios y escuchar su llamada. Escuchemos a Gabriel: "Tengo la satisfacción de haber nacido de un padre y una madre virtuosos... Los autores de mis días, por una gracia muy especial de la divina Bondad, me dieron siempre buen ejemplo y me proporcionaron una educación cristiana desde mis primeros años... Al principio se opusieron con tenacidad a que yo me hiciera religioso..., pero cuando estuvieron seguros de que Dios me destinaba a la vida religiosa, me facilitaron los medios de abrazarla" (71).

Los padres de Gabriel se distinguían por su virtud y piedad. Precisamente la piedad fue una de las características distintivas de Gabriel, y sus contemporáneos concuerdan en afirmar que era un "hombre de Dios" (72). De sus padres recibió los buenos ejemplos que le sirvieron de estímulo en su vida cristiana.

Pero es necesario mencionar, de modo destacado, el testimonio y acción de su madre como "mediación privilegiada" de la voluntad de Dios en su camino vocacional. Ella tuvo una importancia decisiva en la evolución de la personalidad de "su hijo preferido" ejerciendo una influencia determinante en la vida y vocación del futuro fundador de los Hermanos de la Sagrada Familia (73). En las rodillas de su madre aprendió Gabriel a conocer y orar a Dios; ella trabajó sin descanso para hacer de él un joven "según el corazón de Dios". Siguiendo el mandato del Apóstol (1Tm 5, 8) procuró educar a su hijo en la verdad y enseñarle el camino evangélico, orientándole por medio de su propio testimonio cristiano y por sus consejos, palabras de aliento, reprensiones, etc. Ella intuyó los proyectos especiales de Dios sobre su hijo y no reparó en esfuerzos por ayudar a esclarecer su camino vocacional (74).

Conviene, no obstante, subrayar que, al igual que Jesús y otros muchos profetas y santos, Gabriel se encontró con la incomprensión y hasta la oposición de su familia que no aceptaba, en un principio, la orientación que él quería dar a su vocación; a pesar de dicha oposición y la consiguiente decepción de sus padres que le querían ver sacerdote, Gabriel se mantuvo firme en su ideal vocacional, apoyado en la oración y la sabia orientación de personas de fe. No obstante, una vez que sus padres comprendieron que Dios le llamaba para esa vocación y misión, aprobaron su idea y le brindaron los medios que estaban a su alcance para realizarla (75).

En los difíciles comienzos como fundador y en las diversas vicisitudes por las que pasó su obra, Gabriel siempre contó con el estímulo de la presencia y apoyo de su madre. "¿Cómo ella podía olvidar el entusiasmo de su hijo al comenzar su aventura al servicio de Dios como fundador de un Instituto religioso en Bouchoux?" (76).

Entre las mediaciones que contribuyeron a discernir el sendero religioso de Gabriel aparecen determinadas personas que actuaron como auténticos portavoces o altavoces de Dios que acompañaron y clarificaron, en ciertos momentos particularmente delicados de su vida, su singular itinerario vocacional.

Entre ellas destaca de forma singularísima la personalidad de Mons. DEVIE, obispo de Belley, hasta el punto de que el mismo Gabriel señala que debe ser considerado como fundador, tanto como él, del Instituto de los Hermanos de la Sagrada Familia. Su orientación y sabios consejos fueron determinantes en el devenir de la Congregación. (77).

Otras muchas personas ayudaron a Gabriel con su consejo y amistad a encontrar y proseguir su camino (78). Hay que destacar también la relación amistosa espiritual del Hermano Gabriel con el santo Cura de Ars y con San P. Julián Eymard, fundador de los Padres del Santísimo Sacramento.

En el ámbito de esas mediaciones hay que destacar la importancia del **contexto histórico** en el que se desenvuelve Gabriel. Según la visión bíblica Dios llama a partir de una situación concreta y en vistas a dar una respuesta eficaz a las necesidades reales de los hombres (Ex 3, 10; Mt 9, 36-38).

El carisma religioso concedido como don de Dios a Gabriel, surge, precisamente, desde una situación histórico-sociológica concreta de Francia en la primera mitad del Siglo XIX, y pretende dar una respuesta válida a unas necesidades reales que, siendo urgentes entonces, nunca dejan de constituir un desafío para los creyentes de todas las épocas. Esta situación histórica de Francia en tiempos de la Revolución y Restauración en el primer tercio del siglo XIX se caracterizó, en líneas generales, por un proceso profundo de descristianización como culminación de las ideas entonces imperantes y que trajo aparejado el "abandono de las prácticas religiosas y los lugares de culto". La Iglesia aparecía dividida en su Jerarquía y clero; se asistía a un período de persecuciones para la Iglesia ante un exacerbado anticlericalismo y laicismo de los poderes públicos y de un gran sector de la población. El clero y los religiosos deben

abandonar sus respectivos puestos originando así un deterioro y abandono de la práctica religiosa del pueblo.

En el plano educativo la situación era también muy deficiente, tanto a nivel de personas como de organización. Al monopolio estatal de la enseñanza se añade la mediocridad intelectual y moral de muchos educadores, y el cierre masivo de escuelas primarias. Se abandona la enseñanza del catecismo quedando reducida a aquellos lugares de culto. En estas condiciones la Iglesia reaccionó vigorosamente en todos sus niveles y de su seno surgieron hombres inflamados del espíritu evangélico que con su celo y fervor contribuyeron a reconstruir y revitalizar la fe cristiana de los fieles en una época favorable para ello: La Restauración. Son personas de una gran fuerza carismática -también laicos- con una visión eclesial caracterizada por una explícita adhesión y fidelidad al Evangelio y a los Pastores de la Iglesia, en especial, al Vicario de Cristo. (79).

Entre el buen número de estos personajes se encuentra GABRIEL. Evidentemente, su carisma religioso eclesial constituye una respuesta concreta y decidida al urgente desafío de las necesidades más apremiantes de su época.

Era el momento de comenzar una "reconstrucción total", tanto a nivel humano como religioso. En esta situación concreta, Gabriel escucha la voz de Dios que le llama a realizar una misión específica al servicio de la Iglesia y de los hombres. Era tal el impulso carismático que le animaba desde un principio, que hubiera querido atender a "todas las necesidades" existentes; su entrega y acción apostólicas no debían tener límites. Así lo deja plasmado en las primeras Reglas del Instituto: "La Sociedad de la Sagrada Familia tendrá como finalidad "toda clase de buenas obras" (80). "La pequeña Asociación de Hermanos de la Instrucción cristiana, conocida con el nombre de Hermanos de la Sagrada Familia tiene como finalidad dedicarse a "toda clase de buenas obras" (81).

Ciertamente, el Hermano Gabriel era muy consciente de que esta finalidad tan general y amplia, no constituía su carisma más propio y genuino, pero indicaba de este modo la "disposición espiritual" que él y todo Hermano de la Sagrada Familia debiera tener

en su entrega libre y generosa para hacer el bien en todo momento y lugar que así lo exigiese.

No obstante la misión a la que Gabriel había sido elegido por Dios de forma singular implicaba unas exigencias y compromisos concretos en vistas a dar una respuesta eficaz a unas determinadas necesidades de los hombres.

Esta misión específica del Instituto de Hermanos de la Sagrada Familia se halla expresada claramente también, en las primeras Reglas que el Hermano Gabriel redactó y dicen así: "El objetivo principal será ayudar a los Señores curas de los pueblos y de la ciudad como maestros de las escuelas parroquiales, ayudantes del culto, catequistas, cantores y sacristanes.

Podrán también acudir, en caso de necesidad y a petición de las autoridades, a los hospitales para cuidar a los enfermos y a las cárceles para atender a los detenidos" (82). Y en el Guía expresa: "Su objetivo principal es secundar a los Señores curas del campo y de la ciudad en calidad de maestros de las escuelas parroquiales, catequistas, ayudantes del culto, cantores y sacristanes" (83).

He aquí, pues, cómo el carisma fundacional de Gabriel responde a las exigencias y demandas de la condición histórica del hombre, de tal forma que, por medio de la adquisición de conocimientos (enseñanza), educación de la fe (catequesis), vivencia de la acción litúrgica (culto), descubra su propia identidad y viva, desde la fe, la experiencia del encuentro con Dios que le otorga la salvación.

En Gabriel, "vocación y misión" aparecen estrechamente relacionadas; ambas están íntimamente unidas, de tal manera que no es posible comprenderlas por separado. La vocación se expresa en la misión y ésta surge y se justifica por la vocación.

b) Itinerario vocacional: Etapas.

En la perspectiva bíblica, la llamada se hace, en todo momento, en función de un compromiso concreto, de una misión que

realizar de parte de Dios. La iniciativa parte de Dios que llama a una persona "desde" una situación histórica concreta y "para" llevar a cabo una misión.

Una vez que la persona toma conciencia de ser elegido y enviado por Dios, entonces se genera la respuesta personal y libre. La vocación conlleva necesariamente la respuesta del hombre como adhesión incondicional a la voluntad divina. Es entonces cuando acontece verdaderamente la vocación-misión (Jr 1, 1ss; Lc 1, 26-38).

La gran novedad en el Nuevo Testamento es la persona de Jesús de Nazaret como referencia esencial de la vocación; El es el que llama y convoca a participar en la misión salvadora (Mc 3, 13-14). Pero la vocación como exigencia de misión, no aparece de manera evidente e inmediata a la persona sino que, normalmente, comporta un proceso más o menos prolongado que conduce a la "certeza de la fe" de saberse elegido por Dios. Este es el caso de Gabriel. Su itinerario vocacional sufre una evolución progresiva en sintonía con el proceso de maduración humana normal. Y si bien es cierto, como señalé anteriormente, que no acontecen aquí revelaciones extraordinarias o fenómenos deslumbrantes, sí podemos rastrear el "paso de Dios" en la vida normal de Gabriel y, de modo especial, en algunos hechos o experiencias significativas que marcaron los hitos y señales del acontecer divino de su vida.

Así pues, en el proceso vocacional de Gabriel podemos distinguir las siguientes fases o períodos:

** Período de BUSQUEDA (gestación)*

En el despertar mismo de Gabriel a la niñez aparece ya, aunque de forma embrionaria, algunos rasgos distintivos de lo que más tarde constituirán los aspectos básicos del carisma fundacional al que Dios le había elegido.

Su "natural inclinación"(tendencia personal), las actitudes y actividades desplegadas, como quedó señalado anteriormente, permitían inducir a las personas que con él convivían (padres, párrocos, familiares y conocidos) "que Dios tenía proyectos especiales

sobre Gabriel". Todo parecía apuntar a que el pequeño Gabriel siguiera el camino de la consagración a Dios y llegaría a ser, en opinión de su primer maestro en la fe, la gloria de su familia y buscaría la salvación de muchas almas" (84). Este impulso religioso de Gabriel, acrecentado y unido a "una educación profundamente religiosa y los buenos ejemplos que recibía de su cristiana familia" (85), hizo arraigar en su alma un hondo sentimiento de piedad reflejado en su gran interés por el culto divino y la catequesis. El entusiasmo y actividad desplegados por Gabriel en estos campos hasta la edad de 14 años fueron admirables e intensos.

A juzgar por esta tendencia personal lo lógico y normal era que siguiera el estado sacerdotal. "Yo mismo tenía un gran deseo de abrazar el estado eclesiástico", dirá él mismo años más tarde (86). Sus padres y párroco así lo entendían y anhelaban: "Mis buenos padres querían destinarme al sacerdocio" (87).

Por entonces, cuando iba a cumplir 14 años, le enviaron a un internado "con el fin de prepararlo para el estado clerical (88). En realidad Gabriel no tenía aún una idea clara sobre el tipo de vida consagrada que quería seguir: "él sólo deseaba amar y servir a Dios de la mejor manera posible" (89). Llevado por este impulso y sabiendo que era el deseo de sus padres, que querían lo mejor para él, emprendió decidido el nuevo rumbo que le conduciría a la meta soñada.

En estos primeros inicios de su itinerario vocacional hay que señalar la influencia decisiva de la "mediación familiar" en la elección del tipo de vida a seguir. En este sentido, más que una vocación personal, Gabriel secundó el deseo y la ilusión de sus padres que creían ver en él disposiciones para el sacerdocio.

Para ellos constituía un motivo de inmenso gozo, dado su profundo sentido cristiano, el tener un hijo sacerdote; además, Gabriel, en estos momentos, quizás también acariciaba esta posibilidad como ideal de su vida.

De todos modos, lo que realmente deseaba, tanto los padres, su párroco y el mismo Gabriel, era seguir fielmente la voluntad de Dios; sus intenciones rectas y generosas eran impulsadas por una fe

viva y profunda. En este campo espiritual tan propicio es donde Dios sembrará y hará germinar la auténtica vocación de Gabriel.

Será precisamente, en estos cuatro años sucesivos que pasará como pensionista fuera de su pueblo natal, cuando irá madurando su vocación. Fue un tiempo de estudio, reflexión, convivencia y oración. Durante su permanencia en el internado de Chatillon, quizás ya al final -17 años-, Gabriel percibió en su interior la voz de Dios, todavía de forma casi imperceptible pero irresistible, que le indicaba el nuevo rumbo de su vocación hacia la vida religiosa, y que, según sus propias palabras: "Era la idea de adoptar un género de vida que uniera a los ejercicios propios de la vida religiosa la educación de los jóvenes, el cuidado y adorno de los altares y las demás funciones secundarias del culto (90). Y esta inspiración divina halló eco en el corazón de Gabriel. La lectura asidua de la vida de los santos, el testimonio de los sacerdotes y, sobre todo, las orientaciones del Sr. cura de su pueblo (91), contribuyeron, a su vez, a reafirmar este proyecto.

Es entonces -a los 18 años- cuando Gabriel abandona el pensionado y regresa a su pueblo con la consiguiente decepción de sus padres que le negaron su consentimiento para proseguir su proyecto de ser religioso confiando en que cambiaría de idea. Pero los planes de Dios se cumplirán a pesar de todos los obstáculos.

Esta segunda etapa que Gabriel pasará en el pueblo -de los 18 hasta los 24 años- le servirá para clarificar su vocación; la oración, actividades parroquiales y educativas, orientación espiritual del párroco y de otras personas, le ayudarán en este proceso de discernimiento. En este período de "prueba", para él y para sus padres, Gabriel se entregó con ardor y generosidad a las iniciativas apostólicas que su espíritu tanto anhelaba. Su actividad desplegada consistía en el "apostolado parroquial": sacristán, cantor, liturgista, catequista, y en las tareas de la instrucción y educación cristianas de los niños como maestro de escuela (92).

Hay que reiterar, una vez más, que la vocación de Gabriel es inseparable de la misión que realiza; lo que posteriormente comprenderá como su carisma vocacional propio, lo realiza antes en

las actividades desarrolladas en su pueblo. Es, principalmente, a través de la misión que Gabriel descubre y escucha la llamada de Dios.

** Período de DECISION. (Alumbramiento)*

Fue la relación íntima con Dios, cultivada especialmente en la oración, la clave decisiva que permitió a Gabriel encontrar el significado auténtico de su vocación.

A este respecto, a la vida de oración intensa que Gabriel ya practicaba, hay que señalar un hecho significativo que incidirá de modo determinante en su decisión: las Misiones populares. Gabriel participó en varias de ellas (1820-1823). Ellas constituyeron como las fuentes interiores que le dieron la fuerza y energía para dar los pasos necesarios y difíciles en su andadura vocacional.

Estos acontecimientos significaron el momento providencial elegido por Dios para iluminar y fortalecer el espíritu de Gabriel respecto a su vocación. Fue precisamente en la misión de St. Claude (1820) cuando él tomó una decisión irrevocable. Estas son sus palabras: "Mi vocación a la vida religiosa se decidió en una época en la que la fe era mucho más viva que hoy. Ocurrió durante la célebre y memorable misión que se realizó en St. Claude en 1821 (1820) y en la que tuve la dicha de participar (93).

Al fin, después de un arduo y largo proceso de búsqueda, Gabriel optó definitivamente por la consagración a Dios en la "vida religiosa". Ahora bien, todavía no había logrado clarificar el "tipo de consagración religiosa" a la que adherirse. No obstante, sí estaba convencido de la "misión" que quería realizar como religioso. El buscaba un Instituto religioso cuya misión específica fuera la "dedicación al culto (servicio de la Iglesia), la catequesis y la educación cristiana". A estos efectos se puso en comunicación con los Hermanos de San Juan de Dios y los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Lyon. Finalmente se decidió por esta última Congregación, a pesar de que no le satisfacía plenamente, ya que no se dedicaba al culto divino.

Pero he aquí que sucedió una nueva circunstancia providencial que alteró los planes de Gabriel y que actuará como detonante definitivo de su identidad vocacional. El Señor, una vez más, deja oír su voz en las circunstancias más insospechadas y de modo imprevisible.

El hecho aconteció en St. Claude a donde llegó Gabriel para despedirse de algunos amigos antes de ir a Lyon para ingresar en los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En esta ciudad recibió la invitación para ser el ayudante de cámara del Sr. Obispo Mons. De Chamon. Aceptar la invitación supondría retrasar su ingreso en dicha Congregación, pero dado que esta idea aún no le satisfacía plenamente, decidió quedarse al servicio del Sr. Obispo; así dispondría de más tiempo para "clarificar su vocación". Y el 24 de junio de 1824 deja su pueblo y comienza en St. Claude su nuevo compromiso. Y es aquí en el silencio y oración que se va a operar su **tercera revolución interior**, a saber: la de fundar un nuevo Instituto religioso que realice la misión que él tanto anhelaba y que ya había desarrollado desde su niñez.

Atrás ya había quedado su primer intento de ser sacerdote; tampoco el ingresar en una congregación religiosa le satisfacía plenamente ya que ninguna de las que conocía realizaba exactamente la misión específica que él pretendía.

El propio Gabriel hablará años más tarde de esta decisiva experiencia: "Y fue allí -en St. Claude- donde Dios, sin que yo me diera cuenta, quiso manifestarme que me llamaba a echar los cimientos del Instituto de la Sagrada Familia" (94).

¡Fundar una Congregación religiosa! ¿No sería una pretensión exorbitada de su parte? El era un simple laico y, además, sin una adecuada preparación. Pero Dios da sus gracias y realiza obras maravillosas en los sencillos (Lc 1, 48-49). "Y en medio de estos debates internos Gabriel se decide comunicar al Sr. Obispo sus proyectos de fundación, y la persona que pudiera realizarlos. Entonces, el venerable obispo le responde con palabras proféticas: "Usted mismo fundará esta Obra, Dios es el que le llama a hacerlo; la

comenzará aquí. Comience esta fundación con mi aprobación. Dios se lo ha inspirado y El superará todas sus limitaciones" (95).

Así pues, sin otro recurso que su confianza plena en el poder y gracia de la Divina Providencia, Gabriel se lanzó decidido a realizar la aventura maravillosa de su carisma fundacional para la que Dios le había elegido. En esta empresa espiritual contó también con la inapreciable ayuda de la sabia dirección y orientación de sacerdotes amigos y de modo especial, el apoyo definitivo del Pastor de la Iglesia, su Obispo. "La voluntad divina se me manifestó por medio de este digno Prelado quien además me animó y aprobó mis proyectos" (96).

Una vez tomada la decisión definitiva, Gabriel se puso con todas sus fuerzas a echar los cimientos de la nueva fundación religiosa, a pesar de sus grandes limitaciones y falta de capacidad y cualidades, como él se veía. ¿Cómo poder realizar un ideal y misión tan sublimes con un instrumento tan débil y la falta total de medios adecuados? Pero Dios es Todopoderoso y lo que él quiere lo realiza; su fuerza resplandece precisamente en la debilidad (Gal 12, 9). Por consiguiente, si El inspira una obra a realizar, El sabrá llevarla adelante; no importa la fragilidad y pobreza de la persona y medios humanos disponibles.

Y pertrechado de esta fe y confianza absolutas en el Dios que nunca falla, Gabriel pone manos a la obra de su fundación religiosa. Su "larga marcha" -¡25 años!- en su arduo itinerario vocacional había culminado. Era el momento de iniciar, al fin, la realización de su carisma espiritual en el seno de la Iglesia.

* Período de REALIZACION DE LA MISION

C) El "SI" a la misión

"Si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizara!"

(1Cor 9, 16)

Impulsado por su fe ardiente en Dios, origen de todo envío, y con el apoyo y guía de la Iglesia, Gabriel se dispone a realizar la misión confiada por Dios al servicio de los hombres.

Desde los comienzos Gabriel desplegó una actividad muy intensa y hasta extenuante en todos los órdenes, a fin de echar los sólidos cimientos de su fundación. No obstante, sus ingentes desvelos fueron paralelos a sus resonantes fracasos.

Al igual que Cristo fue necesario que experimentara el desgarramiento de la prueba y el oprobio de la cruz antes del advenimiento de la Pascua, del florecimiento de su obra, "pues si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto" (Jn 12, 24).

Para llevar a cabo era necesario llamar y reunir a algunos que quisieran compartir su ideal. Al poco tiempo, Gabriel ya contaba con cinco jóvenes dispuestos a seguirle. Los comienzos prometían ser muy halagüeños. Efectivamente, apenas cuatro meses de haber dejado su pueblo, Gabriel y cinco jóvenes más tomaron el hábito bajo la advocación de Hermanos de San José (octubre, 1824).

Este primer acontecimiento vocacional supuso una experiencia espiritual muy intensa en el corazón de Gabriel. El mismo la relatará años más tarde. "Ese día fue sin lugar a dudas uno de los más hermosos y consoladores de mi vida. Conservo de él un grato recuerdo que jamás se ha borrado de mi corazón... en ese día había prometido sinceramente entregarme al Señor para siempre" (97).

Pero a partir de aquí, no fue precisamente un camino cómodo de rosas el que tuvo que transitar, antes bien, fueron largos años de penoso vía crucis de frustraciones, abandonos y soledad.

Durante los catorce años posteriores a esta primera toma de hábito que culminará con la primera profesión religiosa de once Hermanos y la profesión perpetua del Fundador en Belmont (1838), el fracaso y la contradicción constituyeron el "signo purificador" de la incipiente fundación. Por cinco veces logró reunir a algunos jóvenes

dispuestos a seguir su ideal, pero otras tantas veces debió experimentar el desgarro y humillación de ser abandonado y continuar solo su camino.

En tres ocasiones tuvo que pasar la amarga prueba de ver cómo su fundación estuvo a punto de desaparecer por el intento de fusión con otros Institutos religiosos ya establecidos: HH de la Cruz de Jesús, Clérigos de San Viator, PP. Maristas; y esto con el beneplácito o sugerencia del Prelado de la diócesis. Esto fue un motivo de gran sufrimiento y desconsuelo (98).

En diversas ocasiones padeció la humillación, incomprensión y rechazo de algunos sacerdotes que, ya por celos ante su éxito apostólico, por espíritu revanchista al no poder atraer al H. Gabriel a su propio proyecto o sencillamente por el hecho de ser un simple laico, trataron de desprestigiarle en su persona y misión. (99). Por esta razón, en carta dirigida a Mons. Langalerie, el Hermano Gabriel escribe: "Me resulta imposible hacer aquí el bien donde no existe sinceridad entre los superiores eclesiásticos y yo" (100).

Y años más tarde escribe: "Las obras de Dios han pasado siempre por el crisol de las pruebas y persecuciones, provocadas incluso por quienes naturalmente debían apoyarlas... Dios dará a cada uno según su proceder. Por mi parte, yo perdono" (101).

Si además tenemos en cuenta las grandes dificultades de índole económica, religiosa, política que debió afrontar y superar en todo este tiempo, valoraremos en su justa medida la grandeza de espíritu del Fundador, su fe inquebrantable en Dios y su fidelidad a toda prueba a la misión a él encomendada.

Anteriormente señalé que en el origen de la misión de Gabriel se halla una "honda experiencia de Dios"; pues bien, fue una **intuición espiritual** muy profunda de Gabriel la que explica su "invulnerabilidad" a todo tipo de desfallecimiento y abatimiento en el seguimiento de su misión. El mismo lo expresa de modo sencillo y elocuente: "**Si esta obra es sólo mía nacerá muerta; pero si es obra de Dios, El sabrá sostenerla y hacerla prosperar**" (102).

Y Dios que nunca abandona a los que en El confían, hizo que la semilla del don divino (carisma) concedido a Gabriel llegara a germinar y desarrollarse con vigor, pues es "El quien da el crecimiento" (1Cor 2, 6). Y en el proceso de crecimiento y desarrollo del carisma fundacional de Gabriel, la primera profesión religiosa de doce Hermanos en Belmont en 1838, marca un "hito fundacional" en la historia del Instituto de los Hermanos de la Sagrada Familia. En dicha profesión el Hermano Gabriel pronunció sus votos perpetuos y fue constituido Superior de la Congregación.

Acerca de este gozoso acontecimiento escribía él más tarde: "¡Qué consuelo tan inmenso ha sido para mí el entregarme a Dios sin reservas. Confío en que mi entrega le sea agradable... Fue un día memorable para mí" (103).

A partir de aquí, y no obstante las múltiples dificultades por las que debió atravesar el naciente Instituto, la diminuta chispa divina que prendió en el corazón de Gabriel, allí en Belleydoux, se convertirá en una hoguera que encenderá los corazones de muchos otros jóvenes que seguirán sus huellas. De este modo en vida del Fundador el Instituto se extendió vigorosamente por Francia y Saboya llegando a contar entre sus miembros en el momento de su muerte, con 157 Hermanos profesos que realizaban su misión en unos 57 establecimientos (104).

Un acontecimiento de singular transcendencia y significación para el Hermano Gabriel fue la aprobación del Instituto por el Papa Gregorio XVI en 1841. Este hecho le produjo un gozo inmenso por la certeza de saber que la suprema autoridad de la Iglesia, el Vicario de Cristo, confirmó su carisma fundacional al servicio de la Iglesia que tanto amaba y a la que quería ser fiel. En carta al Santo Padre le dice: "La aprobación de Vuestra Santidad, además de constituir la culminación de mis deseos, llevará consigo un crecimiento mayor y el robustecimiento de nuestra entrega y espíritu de sacrificio, al mismo tiempo que un enorme alivio a nuestras penas y un estímulo para pedir por la Santa Sede" (105).

Así pues, la aprobación del Instituto por el Sumo Pontífice constituía para el Hermano Gabriel, "hombre de fe viva, la **señal de Dios** tanto sobre su persona como sobre su Congregación" y que según él, "era de más valor que todo el oro del mundo" (106).

Con la aprobación de la Iglesia se alcanzaría, según el Hermano Gabriel, uno de los objetivos fundamentales de su camino fundacional: el de servir de robustecimiento y estímulo de sus miembros para desarrollar la misión a la que fueron llamados con su entrega decidida y generosa por el Reino de Dios en la Iglesia.

Fue precisamente la "fidelidad a la misión" que Dios le confió, manifestada y confirmada por la Iglesia, la "razón de ser", el lei-motiv, que dinamizó todo su ser y actividad. "Dar gloria a Dios al servicio de su Reino -la Iglesia- en la realización de una misión determinada", tal fue su máxima aspiración y por la que trabajó denodadamente.

Si grande era su amor a Dios y a la Iglesia, admirable fue su compromiso. Si la medida del amor es el compromiso, bien podemos afirmar que Gabriel "amó apasionadamente", a juzgar por la intensidad y radicalidad de su entrega en toda su vida. Fue este compromiso apostólico desbordante la causa principal de su muerte (107).

Esta acción apostólica de Gabriel, como ya quedó señalado anteriormente, comenzó a desplegarse desde su más temprana edad empujado por un impulso interior orientado a dar gloria a Dios y a llevar a todos a El por la Iglesia. Esta "acción apostólica se centró desde un principio en aquellas actividades apostólicas de su iglesia local que demandaban mayor atención por estar más abandonadas y que constituirán posteriormente el fin concreto de su Fundación religiosa, a saber: su dedicación a la catequesis, educación cristiana y el culto divino. Lo que más tarde se plasmará en Gabriel como un compromiso explícito y radical al fundar un Instituto al servicio de la Iglesia, es vivido ya desde sus primeros años de modo espontáneo con un empuje y dedicación admirables, expresión de su espíritu religioso "que hubiera querido convertir a todos" a Dios.

Durante su vida y hasta poder ver cristalizada su Obra, Gabriel realizó en todo momento esta misión eclesial casi siempre en dolorosa soledad, con un impulso y convencimiento admirables, fruto de la acción divina como él mismo reconoce. "Toda la gloria pertenece a ese Dios de bondad a quien agradezco humildemente por haberme confiado, siendo un instrumento tan débil, una tal misión... Dios siempre me ha ayudado de manera palpable". "Nuestra Congregación es menos la obra de un hombre que la obra de Dios" (108).

Este compromiso apostólico, verdadera pasión de su vida, es el que procurará Gabriel infundir y plasmar con la fundación del Instituto que surgiendo del seno de la Iglesia se comprometa a dar respuesta a las necesidades de los hombres a través de la opción concreta por el cultivo de la fe (catequesis-culto) y la educación de la niñez y de la juventud.

Este carisma apostólico de Gabriel, transmitido a los miembros del Instituto, hunde sus raíces en la triple dimensión teologal de buscar la gloria de Dios y se desarrolla en sintonía con la corriente carismática de la Iglesia concretizada en la creación de una nueva familia religiosa que participa en la misión de la Iglesia para la edificación del Reino de Dios.

Esta obra apostólica emprendida por Gabriel es el resultado de una síntesis admirable entre lo que comprende la "perspectiva evangélica de salvación" que Dios quiere para el hombre y que constituye la misión de la Iglesia, y la toma de conciencia de las necesidades de los hombres en el aquí y ahora de la historia.

Gabriel escuchó la voz de Dios que habla a través de los hombres y sus necesidades; es decir, estuvo atento a "los signos de los tiempos" donde Dios le interpelaba, y Gabriel secundó generosamente esa llamada divina.

Su sentido de compromiso apostólico le urgía a hacer el bien allí donde fuera necesario, a hacer "toda clase de buenas obras" por amor a Dios y al prójimo.

Bien se puede afirmar que la persona y obra de Gabriel estaba en perfecta sintonía con aquella divisa del Apóstol: "El amor de Dios me urge" (2Cor 5, 14).

3. GABRIEL: "HOMBRE ORANTE"

*"Fruto de la experiencia y de la fe, he aprendido que **nada necesitamos tanto como la oración**. Sin ella, no hay gracia alguna y, sin la gracia, no hay salvación" (Cir. 21.)*

a) La actitud orante.

Entre las diversas facetas que configuran el "perfil espiritual" de Gabriel, quizá la más notoria y singular sea su **profunda vida de oración**, de tal manera que en opinión de su primer biógrafo, el Hermano Federico, el término que mejor expresa y define su personalidad es el de **piadoso Fundador**.

Todos los testimonios de Hermanos y de las otras personas que le conocieron y convivieron con él en las diferentes etapas de su vida, son unánimes a este respecto.

Así, los compañeros de infancia y juventud de Gabriel están acordes en afirmar que lo que realmente impactaba y llamaba la atención en él era su **piEDAD ardiente y contagiosa** (109).

Y en palabras de quien fuera, quizás, el testigo más cualificado de la persona y vida de Gabriel, ya que compartió con él los diferentes avatares del Instituto desde sus comienzos en el noviciado de Belmont, me refiero al H. Amadeo, ofrece el siguiente

testimonio en su Circular anunciando la muerte del Siervo de Dios: "Sus disposiciones maravillosas para la piedad se desarrollaban con la edad... La fe era el origen y el móvil de todas sus acciones y proyectos, y en la oración hallaba toda su energía y recursos. Al emprender una tarea o cuestión difícil invocaba con fervor al Espíritu Santo. Si se encontraba en algún compromiso o faltaba lo necesario, entonces rezaba, y hacía orar a la comunidad repitiendo el Padrenuestro muchas veces. Con frecuencia repetía que la formación y existencia de nuestra Congregación era debida a la oración. Tenía la costumbre, antes de cada acción, de ofrecerla a la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Fue a su piedad que se debió la erección de la Cofradía de Santa Ana en su parroquia natal" (110).

El Hermano Federico en sus "notas biográficas" sobre el Hermano Gabriel resalta de forma especial la piedad del Fundador. He aquí algunas de sus manifestaciones: "El esperaba todo de la oración... Rezaba también con fe, entusiasmo, confianza y con una perseverancia que siempre conseguía sus propósitos. Se esforzaba que la convicción íntima que él tenía penetrara en sus religiosos... ¿Quién de los que fuimos discípulos suyos, no recuerda aún con qué fervor se dirigía a Dios cuando tenía problemas y dudas? Todo lo hacía por la mayor gloria de Dios... Cuando se trataba de tomar una determinación, se arrodillaba ante el crucifijo y pedía fervorosamente la ayuda del Espíritu Santo. Acudía con enorme confianza y fervor a la Providencia en las agobiantes necesidades en las que se veía comprometido. En momentos críticos hizo muchísimos ratos de oración con los brazos en cruz... Afirmaba frecuentemente que la fundación de la Congregación había sido fruto de la oración. En sus charlas, en sus Circulares volvía una y otra vez sobre el tema de la necesidad que tenemos de la oración" (111).

Y en la primera biografía sobre el Hermano Gabriel escrita por el P. Louis Carlier (1927), en base a las Notas Biográficas del H. Federico, el autor traza el siguiente perfil espiritual del Hermano Gabriel: "Ante todo, el Fundador de la Sagrada Familia se caracterizó por una **religiosidad profunda**... La oración y el culto sagrado fueron las dos grandes pasiones del Hermano Gabriel. Desde su niñez y durante toda su vida, la oración constituyó, a la vez, su más suave

consolación y su mejor fuente de recursos... Las horas no parecían transcurrir cuando estaba arrodillado ante el sagrario" (112).

Muchos otros testimonios corroboran esta misma constatación, pero basten los anteriormente reseñados, dada su importancia y cualificación, para que apreciemos y valoremos esta "**dimensión orante**" en la vida de Gabriel.

En realidad, la persona y obra de Gabriel serían incomprensibles, tanto para él como para nosotros, sin esa referencia explícita a su "experiencia oracional fundamental".

Ahora bien, ¿cuál es la raíz y el fundamento de su honda piedad? Es decir, ¿por qué Gabriel rezaba tanto y tan intensamente? ¿De dónde brotaba esa "atracción" imperiosa por orar?

Esa fuente brota, evidentemente, de su profunda experiencia de Dios, tal como dejé constancia anteriormente. Es decir, la oración en Gabriel es una expresión y desarrollo de su vida teologal. Orar era para él una consecuencia de su fe, confianza y amor a Dios. "La fe y sus frutos, la esperanza y la caridad, fueron el alma de toda su vida", afirma el H. Federico.

Es esta experiencia de encuentro con el Dios vivo y Padre de bondad la que está en el origen de la actitud orante de todo creyente, de Gabriel. En este encuentro personal, Dios revela su misterio gratuitamente y el creyente acoge humilde y agradecido esta presencia divina en una apertura y donación sinceras de su ser. De esta forma surge una "relación amistosa" del creyente con Dios.

La oración consiste, precisamente, en cultivar este "trato de amistad", como dice Santa Teresa: "A mi parecer no es otra cosa oración mental sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama"

Es por esta razón que Jesús también oró. Porque vivía la dimensión de filiación -se sentía Hijo- tenía necesidad de estar y relacionarse más íntimamente con el Padre (Lc 5, 16). En realidad, la

vida entera de Jesús está sostenida por su oración pues siempre mantuvo su relación con Dios.

En definitiva, fue su amor ilimitado al Padre lo que le mantenía constantemente en "actitud orante" y que le impulsaba a realizar en todo momento, lo que era del agrado de Dios. "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34).

Siguiendo el ejemplo del Maestro que oró siempre y así se lo indicó a sus discípulos (Lc 21, 36), la vida entera de Gabriel vibró al ritmo de la oración, de su relación filial con Dios. Y al igual que Jesús, el móvil y finalidad de su oración no era otro que descubrir la voluntad de Dios sobre su persona, en cada momento y hallar la fuerza necesaria para cumplirla.

b) Una vida hecha oración: Caracteres

La oración fue una constante en la vida de Gabriel; oró mucho y con gran fervor ya desde su niñez y durante toda su existencia. ¡Qué grande y profundo debía ser el amor y confianza en Dios que anidaba en el corazón de Gabriel, a juzgar por su intensa vida de oración! ¡Qué bien comprendió y vivió que "la vida entera es oración" para el que de verdad cree y se abandona completamente en el Señor! Por eso, al final de su vida pudo afirmar: **"Toda la vida del religioso es una oración continua"** cuando todos los movimientos de su cuerpo están orientados hacia Dios y, cuando su voluntad pura y recta sólo obra por El... ¡Cuánto puede ante Dios la oración del justo!... Pidán al Señor que cumpla siempre y en todo su santa voluntad" (113).

Gabriel fue iniciado en el camino de la oración por su madre; ella fue su primer guía y animadora y sobre sus rodillas aprendió a rezar con fervor.

El párroco del pueblo contribuyó decididamente a echar los cimientos de la profunda piedad de Gabriel. Una vez más, el contexto familiar y religioso resultan decisivos en el origen y desarrollo de la fe del creyente. La semilla de la gracia sembrada en el alma sensible y

pura de Gabriel irá germinando vigorosamente ayudada por los atentos cuidados de sus educadores en la fe.

Desde muy pequeño Gabriel aprendió a orar, orando, con el estímulo y ejemplo de las personas que le rodeaban. Es así que esta "inclinación natural religiosa" de Gabriel, no proviene por generación espontánea -como un simple impulso instintivo- sino que es, ante todo, "don de la gracia divina" admirablemente secundada con una "disposición de apertura" de Gabriel unido a un acompañamiento eficaz y esmerado de su entorno familiar y social religioso.

En opinión de los que le conocieron en esta primera etapa de su vida, "Dios le concedió la gracia de sentir una gran atracción por la oración a la que dedicaba la mayor parte de su tiempo... Era también un **apóstol de la oración**" (114).

A medida que Gabriel avanzaba en edad, su oración cobraba mayor intensidad, de modo especial, en aquellos momentos más decisivos de su existencia. Así, cuando tuvo que afrontar el desafío de su propia identidad vocacional en medio de zozobras y contrariedades de toda índole, su recurso a la oración fue la primera palanca que removió todas las dificultades y la antorcha que iluminó su sendero. El mismo recuerda cómo en este tiempo que precedió a su decisión irrevocable de fundar un instituto religioso, oró intensamente e incluso, asistió a varios Retiros (misiones), a fin de descubrir con claridad la misión a la que Dios le llamaba.

Y ante el primer gran fracaso como fundador al ser abandonado por sus primeros seguidores, Gabriel encontró en la oración la fuerza necesaria para seguir su misión, Y, "oyendo de nuevo la llamada de Dios", dice el H. Federico, se confía y abandona totalmente en los planes divinos. Los sucesivos fracasos y abandonos no lograron abatirle pues contaba con la fuerza de Dios que le proporcionaba la oración.

Así le encontramos en el santuario de N^a. S^a. de Fourvière donde ora largamente en busca de luz y valor poniéndose bajo la protección de María. Y cuando su pequeña comunidad experimenta la

escasez de medios materiales, se ve en la necesidad de pedir limosna, no sin "antes arrodillarse en las escaleras para orar al Señor". Los recursos le llegaban siempre a través de la oración. En el primer noviciado de Belmont, "la oración le permitió superar todas las dificultades que se presentaron" (115).

Por el testimonio de los primeros Hermanos conocemos el gran fervor con que oraba al Señor siempre, pero de forma especial en las agobiantes dificultades y dudas. En tales momentos críticos "hacía muchísimos ratos de oración con los brazos en cruz y hacía rezar también a la comunidad. ¡Cuántas oraciones con brazos en cruz dirigió al Señor e hizo realizar a la comunidad en momentos difíciles!... A menudo mandaba a los Hermanos y novicios piadosos que fueran a rezar ante el sagrario para pedir vocaciones según el corazón de Dios. La experiencia demostró que esta medida producía buenos resultados... Ciertamente, nuestro buen Padre y sus Hermanos estaban completamente influenciados por las siguientes palabras: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura" (116).

Dondequiera que estuviese, ya sea en comunidad realizando su misión de catequista o educador o yendo de viaje, la oración fluía de su corazón y sus labios espontáneamente como brota la corriente de agua del manantial.

Es cierto que la presencia sacramental de Jesucristo en el sagrario constituía para él un lugar privilegiado de encuentro íntimo y profundo con Dios a través de la oración. Es sobre todo en estos momentos donde Gabriel cultivaba su trato de amistad con el Señor y experimentaba la suavidad de su amor que curaba todas sus heridas y animaba las fibras más íntimas de su ser. De aquí salía fortificado para proseguir con valor y entusiasmo la ardua misión que Dios le había confiado. Pero cualquier lugar o situación le eran propicios para establecer este diálogo personal con Dios por la oración: los campos, los caminos, el mar, los medios de transporte, las residencias, las visitas, etc. Orar era para él tan vital como el aire que respiraba. Las personas que se relacionaban con él notaban enseguida su actitud orante. No es de extrañar que su biógrafo haga hincapié en esta

vertiente oracional de Gabriel como "su característica singular" y su machacona insistencia en procurar que los demás también lo vivieran.

"En sus charlas y Circulares volvía una y otra vez sobre el tema de la necesidad de la oración... No se cansaba nunca de destacar la necesidad que de ella tiene el religioso, así como también la obligación de rezar primero por sí mismo y luego por los demás" (117).

Vemos pues, cómo Gabriel, siguiendo el mandato de Jesús (Lc 11, 9-13), oró siempre y en todo lugar y momento de su vida. Su oración era expresión de su honda experiencia de Dios y de su compromiso real con los hombres en el cumplimiento de la misión confiada por Dios.

Gabriel supo conjugar admirablemente en su vida de oración la escucha y acogida del don de Dios por la fe, de una parte, y las exigencias concretas que conlleva la fidelidad a la vocación en la realización de la misión recibida. Es decir, logró hacer de su existencia una **síntesis armoniosa entre fe y vida**. Y en esto consiste precisamente, la "actitud orante" del creyente. No solamente en "rezar muchas oraciones", sino ante todo en saber discernir por la fe y en la escucha meditativa de la Palabra, la presencia y voluntad de Dios en la propia historia personal y en el acontecer histórico de los hombres en el mundo. Gabriel acertó a descubrir ese "paso del Señor" en su vida y ante todo, realizó fielmente los designios divinos sobre su persona, iluminado y fortalecido por la oración.

Desde esta actitud orante todo es vivido de forma sacramental, en la medida que cada acontecimiento o situación personal o social, es "leída o interpretada a la luz de la fe como manifestación del amor benevolente de Dios que interpela al creyente y le invita a estrechar los lazos de amistad con El. Su misericordia infinita lo abarca todo pues "en El vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17, 28).

Esta experiencia oracional desarrolló en Gabriel una gran finura y sensibilidad espiritual que le hacía detectar y reconocer la voz

de Dios, tanto en los acontecimientos señalados, como en aquellos otros más ordinarios y sin notoriedad.

Su sentido de la Providencia era realmente admirable y extraordinario. Cuanto sucedía era para él un motivo de acercamiento y unión con Dios y de compromiso en su misión. Las numerosas pruebas, fracasos, dificultades, sufrimientos de toda índole que surgieron durante su vida, como también las alegrías, éxitos, realizaciones, etc., son interpretados y vividos por él desde una "visión de fe" enraizada en su actitud orante, capaz de hallar sentido positivo aun a aquellos hechos más contradictorios pero que, desde Dios, adquieren un significado pleno.

Su criterio esencial en cualquiera de estas circunstancias era la referencia a las Sagradas Escrituras. Sus escritos y los testimonios de los Hermanos que le conocieron dan prueba de ello. Constantemente remite al ejemplo de la persona de Jesucristo en los diferentes Misterios de su vida; de María, de José, la Sagrada Familia, los santos, los personajes del Antiguo Testamento: patriarcas, profetas; en definitiva, de los pasajes bíblicos, para comprender una determinada situación o acontecimiento, y fundamentar y animar la vida espiritual.

Como señalé anteriormente, la vida de oración de Gabriel es fruto de su experiencia teologal; emana de Dios mismo y se orienta en último término a El. Por tal razón, su oración no queda reducida a un puro intimismo -ya que su origen y centro no es él mismo, sino Dios- ni es extraña ni desencarnada de la realidad concreta. Antes bien, es una oración cuyo pre-texto y con-texto es el compromiso existencial con la misión que Dios le ha encomendado en servicio de los hombres.

En Gabriel, la vida misma se hace oración y la oración vida, dado que su relación personal con Dios se realiza a partir y en referencia a los acontecimientos de la vida ordinaria y que constituye el ámbito referencial concreto de su compromiso apostólico.

Es una oración comprometida con la situación y necesidades de los hombres en el mundo como respuesta a las exigencias del amor de Dios. La oración impulsó a Gabriel a comprometerse radicalmente con las urgencias del Reino de Dios en el mundo llevando a cabo la

misión confiada por Dios de fundar un Instituto religioso con una finalidad muy concreta de servicio a los hombres como modo específico de dar gloria a Dios.

La afirmación del Hermano Gabriel de que "la fundación y conservación del Instituto se debe, fundamentalmente, a la oración" nos indica claramente hasta qué punto su vida de oración se halló marcada decisivamente por su compromiso apostólico.

Efectivamente, el largo y arduo proceso de búsqueda de su identidad vocacional estuvo, en todo momento, impulsado y orientado por un ejercicio de discernimiento espiritual basado en la oración constante que le condujo, finalmente, a distinguir con claridad el designio divino que le llamaba a fundar una congregación religiosa. Y dado que en Gabriel la vocación va íntimamente ligada a la misión a realizar, es evidente entonces, afirmar que fue mediante la oración que descubrió la misión a la que Dios le enviaba en la realización de un compromiso real en la Iglesia y al servicio de las necesidades concretas de los hombres.

La entrega generosa y decidida a la tarea de la educación de la fe por la catequesis y el culto, y la educación de los niños y jóvenes, tal era, principalmente, la respuesta concreta de la Obra fundacional de Gabriel.

Ahora bien, para poder asumir este compromiso exigente y realizarlo convenientemente, es absolutamente necesario la vivencia y el recurso de la oración; así lo experimentó en su vida el Hermano Gabriel y que no cesará de reiterar en sus escritos.

Por tanto, su vida de oración no estaba desconectada con la realidad más urgente y palpitante; al contrario vibraba en sintonía con las preocupaciones de la Iglesia, el hombre y el mundo. Nada más alejado de una oración evasiva o intimista; la vida misma y la misión constituían la referencia y contenido necesarios de ella.

Su oración se dirigía a Dios pero llevaba consigo su preocupación y compromiso con el hombre; rezaba para alabar a Dios y agradecer sus dones, pero también, por las necesidades inmediatas de su familia religiosa, por sus religiosos, sus familiares, los enfermos,

los niños y los jóvenes, los gobernantes, la Iglesia y sus Pastores, etc... "Nos dice que uno de los fines de nuestro Instituto es rezar todos los días por las necesidades de la Iglesia y del Estado y por nuestros gobernantes, por la paz entre las naciones, por la conversión por los pecadores, la perseverancia de los justos, la salud de los enfermos y de los pobres, la liberación de las almas del purgatorio y por unas cosechas abundantes". Y añade: "La oración bien hecha es fuente de muchas gracias" (118).

Sin lugar a dudas toda la vida de Gabriel está apoyada en su oración, y sea cual fuere esta oración, su fundamento y razón de ser consiste en realizar siempre la voluntad de Dios llevando a cabo la misión por El encomendada. En esto reside el núcleo de su actitud orante.

c) Centrada en la oración litúrgica.

Una de las claves que nos permite descubrir y comprender la espiritualidad de Gabriel es, precisamente, "su actitud orante". Y esta actitud se halla configurada de forma determinante por la **"oración litúrgica"**.

Gabriel entendió y vivió su oración, principalmente en "clave litúrgica". Esta fue una de las facetas más notorias y propias de su vida de oración y que marcó su espiritualidad, tanto a nivel personal como al carisma particular del Instituto.

Si sobre las rodillas de su madre aprendió Gabriel las primeras oraciones, fue en y por las celebraciones litúrgicas de la Iglesia que se introdujo en el conocimiento del Misterio divino y cultivó la comunicación y trato de amistad con el Señor.

La oración litúrgica constituyó el ámbito normal de expresión de su vida y fe cristianas. El mismo recuerda: "Desde mi más tierna infancia, Dios me concedió la gracia de apreciar las ceremonias de la Iglesia. Gozaba siempre con las ceremonias litúrgicas bien hechas. En cuanto pude participar de alguna manera en ellas, lo hice de todo corazón y puedo afirmar con toda sencillez que parece que el Señor quiso premiar mi interés concediéndome la gracia

de fundar una Congregación cuyos miembros rinden un doble homenaje al Señor en su santo templo". (119).

Desde un comienzo Gabriel aprendió a **orar con la Iglesia** a través de las celebraciones del culto litúrgico. Este descubrimiento y estima de la dimensión eclesial litúrgica hizo que su oración no quedara reducida a la esfera de la pura intimidad individual, sino que vibrara siempre en sintonía con las necesidades de la Iglesia y de los hombres. Por ser litúrgica, "su piedad era objetiva", es decir, orientada en todo momento a esa realidad objetiva del culto litúrgico de la Iglesia y apropiada de forma personal.

Gabriel descubre y se comunica con Dios por la liturgia, la acción de la Iglesia. Su atracción por las ceremonias litúrgicas era un síntoma de ese influjo irresistible de la bondad y majestad divinas que se irá intensificando a lo largo de su vida.

Ya desde su niñez manifestaba una gran **sensibilidad litúrgica**, tanto en su vivencia interior como en las diversas manifestaciones externas: acciones, gestos, símbolos, etc. Así lo atestiguan sus contemporáneos (120). Su biógrafo dice al respecto: "La piedad había arraigado tan profundamente en su alma... Comenzó por imitar las ceremonias religiosas, que apreció mucho durante su vida, esforzándose más tarde para que sus seguidores las apreciaran también... Como todos los días iba a misa, pronto se le quedaron grabadas las principales ceremonias del santo sacrificio y el gusto innato que sentía por dichas ceremonias le impulsaba a reproducirlas" (121).

Como responsable nombrado por el párroco del grupo de monaguillos, "les enseñaba a ayudar a misa con la modestia y actitud más convenientes y a comportarse durante las ceremonias del culto divino con el respeto debido a su Majestad divina... Preparaba con exquisito cuidado a los niños para las fiestas del Corpus y era muy exigente con todo lo relacionado con el culto divino" (122).

La celebración cultural constituye el marco privilegiado donde mejor se realiza el encuentro entre Dios y el hombre, y en el

que Dios se revela como don gratuito y el hombre acoge la novedad del Misterio divino en actitud humilde y agradecida.

Es en este ámbito de la celebración litúrgica de la comunidad eclesial donde Gabriel percibió el misterio de Dios, su majestad y grandeza, y supo abrirse a la comunicación y diálogo personal con El. Toda su estima y desbordante actividad cultural son el reflejo de la vivencia interior de su corazón inflamado del amor y la gloria de Dios. "Sentía mucho al ver la pobreza de los altares de las parroquias rurales, él, que había deseado siempre y en todo la mayor gloria de Dios. Cuántas veces, al ver que la casa de Dios parecía más una chabola que un palacio, se le oprimía el corazón y sentía un irresistible deseo de dedicarse al cuidado de los santuarios" (123).

Sería incomprensible la persona, vida y obra de Gabriel sin esta referencia explícita a su actividad cultural; la oración litúrgica fue el elemento vital en el que se desarrolló su fe y su vocación.

En su juventud Gabriel sigue dedicándose con entusiasmo a las funciones de liturgista, cuando se encontraba en pleno proceso de discernimiento vocacional. "Se ocupaba personalmente de todos los detalles referentes al culto sagrado en la parroquia... Cuidaba en detalle el adorno de la Iglesia y el culto... Su buena fama se extendía también por las parroquias vecinas" (124).

Una vez iniciada su obra fundacional, se dedicaba junto con sus cinco primeros seguidores al ejercicio del culto litúrgico en la catedral de St. Claude. Posteriormente continúa esta actividad por los diferentes pueblos en que estuvo, casi siempre en soledad ante el abandono de sus compañeros.

La liturgia tuvo una importancia decisiva tanto en la vida de Gabriel como en su obra fundacional. Para el Fundador el culto litúrgico constituía el "criterio básico de identificación" del Instituto religioso por él fundado y que lo distinguía de las otras congregaciones ya existentes. Su rechazo a la fusión con algunas de ellas: HH de la Cruz de Jesús, PP Maristas, se fundaba en que tales Institutos "no se dedicaban al culto de la Iglesia".

Por tal razón, en las distintas Reglas y Constituciones redactadas por el Fundador -1828, 1836, 1839, 1852- en todas ellas figura la "función cultual" (servicio litúrgico) como fin específico del Instituto. Por la oración litúrgica los cristianos rinden culto "en espíritu y en verdad" a la Majestad divina y acrecientan su vida espiritual mediante la comunicación con el Señor. La liturgia actualiza la salvación de Dios en la vida de los creyentes. De ahí el gran aprecio y respeto que Gabriel sentía por la oración litúrgica que él vivía intensamente e insistía sin cesar acerca de la necesidad e importancia para la vida del Hermano.

He aquí algunas de sus manifestaciones: "Una de las cosas que más atrae la bendición de Dios sobre una parroquia es la forma de servirle en su templo. Nada hay más bello ni más apropiado para impresionar e incluso para convertir a un pecador que las ceremonias de la iglesia, cuando son efectuadas con la modestia que conviene a la santidad del lugar y al sacrificio que en él se realiza" (125).

"Al ejercer las funciones litúrgicas, los Hermanos, estarán profundamente convencidos que en el lugar sagrado deben tener un gran respeto a la majestad de Dios... Tendrán siempre un gran entusiasmo por adornar los altares y lo harán con tanta destreza como respeto, teniendo profundamente en cuenta la presencia de Dios" (126).

"Trabajaréis en estas tareas con espíritu religioso ya que quien está encargado de ellas está cerca del altar; lo haréis en silencio por respeto a la Majestad divina y a la presencia de Jesucristo" (127). En el Nuevo Guía hace un desarrollo extensivo acerca de la acción litúrgica (128).

En la oración litúrgica acontece el encuentro del creyente con el Dios Uno y Trino; es dirigida al Padre por el Hijo en la unidad del Espíritu Santo. La Santísima Trinidad es, pues, la base de toda acción litúrgica. No es de extrañar entonces "que el fundamento y norte de la espiritualidad de Gabriel sea el culto a la Stma. Trinidad" (129). Es una constatación evidente de su íntima vivencia de la oración litúrgica

que hunde sus raíces en la vida trinitaria y de ella brota como de su fuente. Su vida espiritual se asienta en este sólido fundamento teológico.

La primera actitud del orante litúrgico consiste en reconocer la gloria y la majestad de Dios celebrando con gozo su presencia salvadora en cada persona y en la comunidad. Unido a este momento de adoración y alabanza el creyente reconoce en su oración la aceptación diaria de su flaqueza. Gabriel habla con emoción de esta experiencia litúrgica. "En nuestras iglesias se celebran diariamente los sagrados misterios; allí se encuentra la divinidad, allí permanece día y noche para recibir el sencillo homenaje de nuestras adoraciones. Somos felices al poder celebrar en ellas con toda solemnidad posible, las ceremonias del culto divino que impresionan, emocionan los corazones y acrecientan el amor a la religión. Viendo estas ceremonias, uno se olvida de las cosas de este mundo y exclama: ¡Dios está verdaderamente aquí, adorémoslo!" (130).

La prioridad fundamental que Gabriel otorga a la oración litúrgica, a nivel personal y en el Instituto, le hace estar en **perfecta sintonía con el sentir del Concilio Vaticano II** en referencia a la importancia primordial que da a la liturgia en la vida de la Iglesia.

Existe una coincidencia notoria entre la vivencia y el pensamiento de Gabriel sobre la liturgia y la doctrina expresada por el Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia (SC). Entre estos aspectos coincidentes señalamos los siguientes:

* Para Gabriel la liturgia fue realmente la **escuela** donde aprendió desde su niñez a relacionarse y comunicarse con Dios. En la piedad litúrgica se encuentra el principio y **fuentes de su espiritualidad**. En este sentido, el Concilio señala la importancia vital de la acción litúrgica en los fieles: " La liturgia es la **cumbre** a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la **fuentes** de donde mana toda su fuerza (SC.10). Y después afirma: **Es la fuente primaria** y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano" (ib.14).

* La piedad de Gabriel se nutrió y fortaleció con el alimento constante de la oración litúrgica. Su atracción innata por el culto, su ardiente **deseo de participar intensa y asiduamente** en las celebraciones litúrgicas; el gran fervor con que asistía a los actos de culto y, en fin, el gozo y entusiasmo que sentía por tales celebraciones dan prueba de su importancia y trascendencia en su vida espiritual. El Concilio por su parte afirma: **La liturgia es fuente de piedad y alimento de la oración personal** (SC).

* Un aspecto de singular importancia a reseñar es la **dedicación activa** y explícita de Gabriel a las funciones litúrgicas. Esto que ahora es normal, en aquella época resultaba cuando menos extraño e inusual que un laico ejerciera tales funciones. En verdad, el **Hermano Gabriel ejerció activamente el sacerdocio común de los fieles** de carácter litúrgico, en virtud de su bautismo, tal como lo expresa el Concilio: "La Santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud de su bautismo, el pueblo cristiano **"linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido"** 1Ped 2, 3" (SC, 14).

* Otros puntos interesantes de coincidencia con la doctrina conciliar acerca de la espiritualidad litúrgica serían:

- . La **participación** activa de Gabriel en la liturgia (Cf. SC. 14, 48).
- . El **celo** por promover la acción pastoral y la vida litúrgica en las parroquias (Cf. SC. 41, 43).
- . El **carácter comunitario y festivo** de las celebraciones litúrgicas que tanto hincapié hacía Gabriel (Cf. SC. 8, 26-29).
- . El cultivo del **canto** sagrado: su belleza y eficacia. (Cf. SC. 112, 121).
- . **Armonía y sencillez** en la ornamentación artística de los templos (Cf. SC. 124, 125).

d) Su vertiente contemplativa

Esta actitud orante de Gabriel quedaría incompleta sin la referencia explícita a la vertiente contemplativa de su oración.

Desde muy joven Gabriel sintió una fuerte inclinación por la "oración en la soledad y el silencio" como forma de aproximación a Dios y de escucha de su voz.

La invitación del Señor: "Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco"(Mc 6,31), halló eco en el corazón de Gabriel que íntimamente anhelaba sumergirse en las profundas aguas del Océano infinito de los misterios divinos. "Como desea la cierva corrientes de agua" (Sal 42), así su alma suspiraba por saciar su sed en el encuentro infinito y profundo con el Dios vivo en la soledad y el silencio.

¿Cómo explicar esta fuerte tendencia de Gabriel por la oración contemplativa?

Es difícil y problemático encontrar una respuesta adecuada a una cuestión como ésta en la que se dilucida el misterio personal. Lo único que cabe es intentar una explicación lo más aproximada posible a este fenómeno espiritual.

En la configuración de la personalidad de Gabriel confluyen diversos aspectos que, en cierta medida, contribuyen a hacer surgir y desarrollar esta vertiente espiritual de su existencia.

- **El marco geográfico** donde nace y vive su infancia y juventud se presta a cultivar esta tendencia a la soledad dada su estructura montañosa y aislada. "Del silencio y soledad de los prados de su Belleydoux natal tomó el gusto, buscado y nunca satisfecho, por la soledad y el silencio" (131).

- Tales condiciones externas favorecieron la inclinación de **su propio temperamento** dado al pensar reflexivo y a la concentración. "Fue en la soledad y el silencio de las montañas donde se modeló su temperamento de chico serio y reflexivo, piadoso y creativo"(132).

- En su etapa formativa en el internado, y posteriormente en su pueblo, Gabriel se aficiona a la "**lectura de la vida de los santos y monjes** del desierto. Esto contribuye, evidentemente, a alimentar y enardecer su espíritu inquieto en busca de ese ideal de santidad manifestado de modo más notorio y atrayente en la vida religiosa y

contemplativa. "La lectura de la vida de los santos, a la que me entregaba con asiduidad, me había comunicado una fuerte inclinación por la vida religiosa" (133).

Su anhelo de orar en la soledad le impulsó, incluso, según el testimonio de uno de sus compañeros de infancia y juventud, a permanecer en una cueva para ayunar y orar con otros tres compañeros el tiempo que fuera posible; la experiencia parece que duró un día (134).

Durante toda su vida Gabriel sintió esa imperiosa urgencia de encontrarse con Dios en el silencio y la soledad, que sólo pudo ver satisfecha en escasos momentos y períodos de su existencia, a causa de las múltiples e incesantes preocupaciones y problemas propios de su fundación.

Eso sí, siempre que tenía ocasión aprovechaba y disfrutaba al máximo de esos "momentos de Tabor". El poder pasar una hora o algunos días en una iglesia o monasterio constituían para él una experiencia de gozo espiritual. Su estrecha relación y numerosa correspondencia con diversas Abadías y Monasterios confirman el interés y simpatía que sentía por estos lugares privilegiados de oración y contemplación.

Evidentemente, esta dimensión contemplativa de su oración **no era una simple consecuencia de su inclinación temperamental** o debido a otros factores exteriores o internos de su personalidad. Todo ello contribuyó positivamente a hacerla surgir y desarrollar. Pero la razón última y fundamental de esa profunda atracción espiritual reside en Dios; es el Espíritu Santo quien da sabiduría y gusto por la oración y el que hace entrar en comunión con la voluntad del Padre (Lc 10,2) por la escucha humilde y obediente a su Palabra.

En Gabriel, como en todo verdadero creyente, **la oración** como encuentro íntimo con Dios **es un don del Espíritu Santo** (Rm 8, 26), pero que hay que saber recibir con limpieza de corazón y alma de pobre. Es una fuerza del Espíritu la que anima el corazón de Gabriel y le impulsa a sumergirse en las "profundidades de Dios" (1Cor 2, 10). Esta atracción fascinante por la oración contemplativa de

Gabriel tiene su expresión más álgida con motivo de la adquisición de la Abadía de Tamié (1856-1861), (135).

Una de sus más caras ilusiones puede, al fin, ver realizada: Disponer de un lugar privilegiado como era ese antiguo Monasterio del Cister para poder dedicarse a la oración, tanto él como sus religiosos y otras personas deseosas de soledad y silencio, le producía un inmenso gozo. Muchos son sus testimonios escritos en los que deja explayar su corazón emocionado y agradecido por tal evento. Bástenos algunas líneas como ejemplo: "Dios me inspiró abrir este establecimiento en esta grande soledad que será puerta del cielo para muchas almas" "Tamié es para mí un lugar de delicias, imposible describirle mi felicidad... No cambiaría mi suerte con la de los soberanos". "Hace ya veinte años que me siento atraído por la soledad de Tamié; todas mis inclinaciones me llevan a retirarme allí y hacer el bien apoyado por la gracia divina" (136).

En los escritos de Gabriel se percibe claramente esta impronta profunda de su oración contemplativa y que procuró, a la vez, transmitir a sus religiosos (137). Esta preocupación por el retiro se manifiesta, una vez más, en las últimas Constituciones -N.G.1852- y en las que establece la creación de "casas de retiro" según el espíritu y estilo de los monasterios al modo de una "Trapa mitigada". Dichas casa servirán a "aquellos miembros del Instituto que tengan inclinación a llevar una vida retirada y a quienes tengan necesidad de revitalizarse en el bien" (138).

Para el Hermano Gabriel "los días de retiro son verdaderamente días de salvación para los hombres de buena voluntad. Sirven para convertir las almas pecadoras...,reanimar en el bien... y dar fuerzas en los peligros y obstáculos que se encuentran, desgraciadamente con demasiada frecuencia, en este valle de lágrimas, aún en el ejercicio de las obras de caridad. ¡Cuántas veces lo hemos visto y, a lo mejor, experimentado nosotros mismos"! (139).

El Hermano Gabriel comprendió, estimó y vivió la necesidad e importancia del silencio en la vida espiritual y era consciente de que todo verdadero encuentro con el Señor brota desde el silencio. En el silencio interior está Dios. "La búsqueda de la intimidad con Dios

lleva consigo la necesidad verdaderamente vital de un silencio de todo el ser, ya sea para quienes deben encontrar a Dios incluso en medio del estruendo, ya sea para los contemplativos" (140).

La vida de oración de Gabriel se desarrolló en esta atmósfera de silencio interior, presupuesto necesario de fecundidad espiritual. Sus escritos están sembrados de constantes y vibrantes invitaciones a la práctica del silencio como antesala del verdadero encuentro con Dios. Pues el Señor no se encuentra en el trueno ni en el huracán... porque en la brisa habla Dios (1Re 19, 9-13). En el silencio experimentamos el misterio de Dios.

En definitiva, Gabriel vivió la oración, ante todo, como **actitud vital** que abarcó toda su existencia, y no solamente aquellos tiempos fijos en los que se hacen los ejercicios de piedad. Porque puso a Dios como centro fundamental de su ser, aceptándole como sentido último y definitivo de su existencia, es por lo que puede decirse realmente que **toda su vida se transformó en oración**. Precisamente por su actitud orante vivió "centrado" -anclado- en Dios al servicio de sus hermanos los hombres.

4. GABRIEL: SIGNO DE RADICALIDAD EVANGELICA

"Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará" (Mc 8,35).

La vida y obra de Gabriel constituyen un signo claro de radicalismo evangélico.

Al iniciar este proceso de búsqueda e identificación de la espiritualidad propia de Gabriel, señalé que se trataba de una **"historia de seducción divina"**.

La profundización de su vida y obra permiten esclarecer y verificar esta afirmación de modo cada vez más claro y evidente para nosotros. No cabe duda que desde muy joven Gabriel vive como "polarizado de Dios", orientado y centrado en El; percibe la proximidad de su presencia y siente la atracción irresistible de su misterio insondable. Su vida y actividad giran cada vez con mayor intensidad entorno a ese centro de atracción divino. Por tanto, su proyecto existencial surge y se realizará, en último término, como respuesta personal a esa irrupción de Dios en su ser.

En este sentido, **la experiencia espiritual básica de Gabriel implica un doble movimiento:**

* Primeramente, la iniciativa parte de Dios que irrumpe en su vida, la toma en propiedad suya y le invade con su gracia. Por tal razón, Gabriel se siente "alcanzado por Dios", poseído por su fuerza misteriosa e inmerso en el ámbito de su Presencia misteriosa.

* Como respuesta a esta donación gratuita de Dios mismo, Gabriel acoge dócil y agradecido este don infinito que inunda su ser de felicidad y se entrega decididamente a El en cumplimiento de su voluntad divina con la ayuda de su gracia.

a) La consagración: significado.

El término que mejor define y explica esta relación mutua entre Gabriel y Dios es el de **consagración**.

En efecto, "**la consagración es una acción divina**. Dios llama a una persona y la separa para dedicársela a Sí mismo de modo particular. Al mismo tiempo da la gracia de responder, de tal manera que la consagración se exprese, por parte del hombre, en una **entrega de sí**, profunda y libre. La interrelación resultante es puro don: es una alianza de puro amor y fidelidad, de comunión y misión para gloria de Dios, gozo de la persona consagrada y salvación del mundo" (140).

En esta perspectiva que señala el documento pontificio, la consagración acontece por una "elección de Dios" que "consagra" a una persona, es decir, la elige y separa para ser su propiedad en vistas a una misión o servicio hacia los demás. Esta iniciativa divina es secundada por el creyente en un movimiento de aproximación a Dios por la fe que le conduce a estrechar los lazos de amistad y a comprometerse personalmente con El.

En este contexto hay que situar y comprender **la consagración de Gabriel** y que, como en todo cristiano, **tiene su fundamento en la consagración bautismal**. "Efectivamente, los bautizados son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo" (141). De este modo, "este don bautismal es la consagración fundamental cristiana y viene a ser la raíz de todas las demás" (142).

Siendo una única vocación la de todos los cristianos, son diversas, sin embargo, las formas de expresarla. A este respecto, Gabriel siente la llamada a vivir y desarrollar con mayor generosidad e intensidad la vida divina iniciada en su bautismo.

¿Cómo encauzar esta corriente impetuosa de energía espiritual-vida divina- que rebosa su inquieto corazón? La desbordante actividad de carácter cúllico y catequístico, especialmente, que desplegó desde su infancia revelan ya ese ardiente anhelo de querer

agradar a Dios y entregarse sin reservas a su servicio.

Evidentemente, ese impulso espiritual no provenía de sí mismo, sino de la fuerza de Dios -de su gracia divina- depositada en su alma como germen en su bautismo. Necesitó de un largo y arduo proceso de discernimiento vocacional para llegar, al fin, a descubrir con claridad el tipo de entrega -consagración- querida por Dios, como veíamos anteriormente.

Después de varios "tanteos y vicisitudes" entendió que Dios le llamaba a vivir la consagración en la vida religiosa. "Desde mi adolescencia sentí una inclinación muy especial hacia la vida religiosa. Mi única aspiración era llegar el momento en que tendría la oportunidad de consagrarme a Dios en su estado" (143).

La decisión posterior de fundar una nueva congregación se inscribe en la línea de esta opción particular por la consagración religiosa en la dimensión carismática de la vida de la Iglesia.

Por su consagración religiosa, Gabriel quiso vivir con radicalidad su consagración bautismal en una entrega incondicional a la voluntad de Dios. "Esta consagración peculiar, dice el Concilio, radica íntimamente en la consagración bautismal" (144). Gabriel se esforzó por vivir intensamente en todo momento, su consagración religiosa en actitud de acogida y donación total de sí mismo a Dios.

En la realización de su proyecto existencial de consagración total a Dios pasó por circunstancias diversas en las que pudo saborear el gozo del Tabor y, en proporción mucho mayor, el sacrificio de la cruz. Uno de estos "momentos fuertes de experiencia gozosa de su consagración fue su primera toma de hábito con los cinco compañeros que quisieron seguirle en su obra fundacional de los Hermanos de San José. Según el testimonio de su biógrafo: "No existen palabras para expresar la dicha, el gozo interior que experimentó el Hermano Gabriel este día en que se ofreció por completo en sacrificio al Señor... Dios, que se comunica a las almas escogidas y que no se deja vencer en generosidad, le llenó de consuelo aquel día y le infundió la fortaleza de alma que tanto iba a necesitar bien pronto" (145).El

propio Hermano Gabriel expresa años más tarde este feliz suceso (146).

Otra "vivencia particularmente gratificante" de su consagración fue el día que hizo su profesión perpetua y de los primeros votos de once Hermanos en Belmont. "Fue también en Belmont donde yo mismo tuve la alegría de hacer los votos perpetuos y fue ese día memorable para mí cuando el santo Prelado me confirió solemnemente el cargo de Superior" (147). Y en carta a dos sacerdotes amigos, dice: "Intenten comprender cuánto me ha consolado todo esto, especialmente el hecho de pronunciar mis votos y de consagrarme a Nuestro Señor para siempre y totalmente. Espero que este sacrificio de mi parte haya sido de su agrado" (148).

En la vida de Gabriel se sucedieron otros muchos acontecimientos a nivel personal y del Instituto, que le proporcionaron júbilo espiritual. Sin embargo, su vida y obra se vieron sometidas constantemente a un sin fin de pruebas y sufrimientos, de tal manera que las astillas lacerantes de la cruz superaron con creces las delicias del Tabor.

Su grandeza de espíritu resplandece, precisamente, en la capacidad para superar tales pruebas sostenido por la gracia divina. El mismo repetía que "nunca había experimentado mayor alegría interior que en esos momentos de prueba, pues son la herencia y la marca de las obras de Dios" (149).

Ahora bien, ¿Cómo entendió y vivió realmente Gabriel su consagración religiosa? ¿Cuáles fueron aquellas vivencias espirituales esenciales en las que se fundamenta y sostiene? Se pueden sintetizar básicamente en tres:

* **La experiencia profunda de Dios** que le impulsa a una donación total de sí mismo y una renuncia a todo lo que se opone o dificulta el cumplimiento de la voluntad divina.

* Su firme decisión en el **seguimiento de Cristo**.

* Su **radicalismo evangélico**.

b) La consagración como "entrega incondicional a Dios".

Cuando Gabriel toma la decisión definitiva de entregarse a Dios por la consagración religiosa es porque cree firmemente cumplir así el designio de Dios sobre su persona. Está absolutamente convencido, además, que este modo de vida es el más adecuado para dar gloria a Dios, lograr la santificación personal y procurar la salvación de los hombres. Sabe que la dignidad mayor del cristiano reside en su condición de ser "hijo de Dios" recibida en el bautismo. Pero esta "condición esencial y común" de los cristianos, el consagrado la quiere realizar con plenitud en una entrega sin condiciones a Dios. No es ésta una vía que esté al alcance de todo creyente; es decir, no depende de la voluntad o criterios humanos, sino que es Dios quien llama y elige para Sí a determinadas personas para enviarlas a una misión específica. La consagración religiosa brota y se funda en la iniciativa de Dios; el creyente, desde la fe, acoge con docilidad la invitación divina comprometiéndose a cumplir su voluntad en una entrega libre y radical de sí mismo a la misión.

Este fue, esencialmente, el significado que Gabriel dio a su existencia religiosa. El vivió, ante todo, su consagración como don gratuito de Dios que irrumpe en su vida, le toma en posesión y le transforma íntimamente. Este "dejarse poseer por Dios" -consagración reserva- implica una donación total de la persona a Dios y es la máxima expresión de libertad y amor. Los consagrados son "reservados" a Dios para ser signos de su presencia entre los hombres.

Por tanto, la consagración religiosa constituye una prueba palpable del amor infinito de Dios; es un signo claro de su predilección. De este sentido de gratuidad, dignidad y grandeza de la consagración religiosa habla, a menudo, Gabriel en sus escritos, y sus palabras reflejan su gran estima y vivencia interior de dicha consagración.

"En ningún otro estado de vida la salvación es más fácil que en la vida religiosa, cuando Dios llama a esa vocación; en ella todo contribuye a estimular la fe... El estado religioso ha estado inspirado por iluminación divina. ¡Oh estado sublime, asilo sagrado de las virtudes, camino seguro de perfección, imagen viva del cielo, donde el

hombre sólo vive para Dios! Debemos, pues, estimar nuestro estado de vida. Es grande por sí mismo, es santo por los deberes que nos impone y es elevado en los designios de Dios. ¿Cómo no vamos a amar un estado donde Dios mismo nos ha introducido con su mano, en el que tenemos tantos medios para salvarnos? (150).

Y prosigue sobre el mismo tema en la circular: "Hay un camino que Dios ha abierto en su bondad infinita, para guiarnos hasta El con mayor seguridad y facilidad y para vivir en este mundo con paz y tranquilidad. No todos los hombres pueden seguir este camino; sólo los humildes de corazón, los pobres que por propia voluntad lo dejan todo y renuncian, incluso, a sí mismos. El Señor ha concedido a tales almas privilegiadas esa gracia insigne. Todos nosotros, queridos Hermanos, hemos escogido este hermoso camino al abrazar la vida religiosa... La dicha, la santidad, la salvación son también bienes buscados por nosotros al abrazar la vida religiosa... En cuanto a la vida espiritual, pocas personas hay que disfruten de tantos bienes y riquezas como los religiosos" (151).

"Dios nos ha dado a todos nosotros la gracia extraordinaria de llamarnos a este santo estado, donde Dios es tan grande y los hombres tan buenos y dichosos... Los buenos religiosos no tienen nada que temer. Son amigos de Dios y él les protege en todo tiempo y lugar" (152).

Las Constituciones actuales del Instituto señalan al respecto: "Sus miembros son religiosos que, respondiendo a la llamada del Padre, y movidos por el Espíritu Santo, consagran a Dios su vida en la Iglesia conforme el carisma del Instituto" (153).

Pero del hecho de que la consagración constituya un "camino eminente" de encuentro con Dios, de salvación y de santificación, no significa que sea un privilegio elitista de algunas personas; antes bien, implica un reto exigente que debe conducir a la persona consagrada hacia un compromiso radical con Dios y con los hombres.

Toda elección supone una determinada renuncia. Es decir, la entrega absoluta a Dios exige el abandono de todo aquello que supone

o dificulta esta relación amistosa con El. **La consagración a Dios siempre supone donación y renuncia.**

En este sentido, Gabriel entiende y vive su consagración también como renuncia de todo aquello que, en alguna medida, entorpece y limita su opción radical a Dios. El hace mucho hincapié en esta visión de la **consagración-renuncia** al mundo como medio necesario para lograr el fin propuesto de entrega total a Dios.

¿Cómo hay que entender esa renuncia al mundo? Ante todo el valor de la consagración no reside en la renuncia en sí mismo, sino en la elección o afirmación de aquello que ha motivado dicha renuncia; es tan valioso el tesoro escondido que bien vale la pena arriesgarlo todo lo demás por adquirirlo (Mt 13,44s). **Renunciar al mundo** significa, entonces, rechazar todas aquellas tendencias o fuerzas opuestas a la realización del plan de Dios sobre los hombres (Jn 15,18; Rm 12,2).

El consagrado renuncia también al mundo en cuanto a su modo de vivir; es decir, relativiza todos aquellos valores que se toman como absolutos y afirma a **"Dios como el único Absoluto"**. Pero, incluso, renuncia a aquellos otros valores humanos positivos, pero que no son definitivos a fin de manifestar claramente a los ojos de los hombres la supremacía del amor de Dios y de ser signo viviente de los bienes del Reino de Dios que ha llegado (154).

Este es el significado esencial de la renuncia al mundo tal como lo enseña el Hermano Gabriel. Es cierto que muchas de sus expresiones parecen indicar un cierto desprecio, hostilidad o condena del mundo. Pero no nos debemos quedar en la simple literalidad del texto, antes bien, hay que saber interpretar el sentido real de su lenguaje, la experiencia profunda que late tras sus expresiones, y que apuntan al significado global anteriormente enunciado.

He aquí algunas de sus manifestaciones:

"No debemos vivir conforme al espíritu del mundo, que es un espíritu de sensualidad, de avaricia, de interés; un espíritu de hipocresía, de envidia y de orgullo; un espíritu que sólo piensa en el

amor al placer y a las riquezas, en la ambición, la independencia y el desorden. Quiera Dios que un espíritu tan opuesto al de Jesucristo no entre jamás en ninguno de nosotros" (155).

"Si amásemos a Dios, no nos gustaría estar lejos de El y abandonaríamos con tranquilidad este mundo de destierro para encaminarnos cuanto antes con este buen Padre (156).

"El mundo es un mar peligroso donde hay muchos naufragios... La vida que llevan los mundanos o bien tiene algunos encantos para nosotros o nos causa fastidio. Si nos agrada, nuestra salvación está evidentemente en peligro; si, por el contrario, nos da fastidio y disgusto, ¿por qué no renunciamos completamente a ella como prometimos al Señor el día que nos consagramos a El?... Si nuestras funciones nos exigen ir al mundo, sepamos apartarnos de él con el corazón, si queremos que Dios no nos separe de El en el juicio final" (157).

"¿No teméis, queridos Hermanos, que envueltos y preocupados por las cosas de este mundo perdáis los bienes eternos? A menudo, los pensamientos del espíritu y los deseos del corazón se van hacia las criaturas. Uno se apega al mundo... Una sed ardiente y un hambre devoradora de las cosas terrenas fascina el corazón... No nos ceguemos así. Consagremos nuestras fuerzas a practicar la virtud y hagamos todos los sacrificios con vistas a merecer la felicidad eterna" (158).

Continuando en esta línea de pensamiento del Fundador, las Constituciones actuales señalan: "Con su separación del mundo los Hermanos dan testimonio de que el Reino de Dios no se funda sobre realidades terrenas y de que este mundo no lo es todo en la vida. Procuran que su vida religiosa no sea una evasión de este mundo y que su actividad no se convierta en pura acción humana ni en división del corazón. Recuerdan que todo les pertenece y que ellos pertenecen a Cristo" (159).

Pero el significado de consagración quedaría incompleto si se redujera solamente al ámbito de estas dos dimensiones señaladas: De "elección y entrega" a Dios (consagración-reserva) y de "separación"

del mundo (consagración-renuncia). **La consagración implica, a la vez, exigencia de misión.** Toda consagración es, constitutivamente, una consagración "para la misión" en el mundo encomendada por la Iglesia. El consagrado se siente enviado por Dios para ser signo de su presencia salvadora entre los hombres. Su renuncia al mundo no significa evasión sino un modo de presencia más íntima y radical (160).

Por su consagración los religiosos están llamados a ser testimonios vivientes del amor del Señor entre los hombres sus hermanos y sujetos activos de transformación en el mundo.

"Cuando Dios consagra a una persona, no sólo la escoge, segrega y dedica a Sí mismo sino que la compromete a su obra divina. La consagración, evidentemente, implica misión. Se trata de dos facetas de una misma realidad. La elección de una persona por parte de Dios es para la salvación de los demás: la persona consagrada es "enviada" para realizar la obra de Dios, con el poder de Dios" (161).

El Hermano Gabriel nos ofrece un testimonio elocuente de lo que significa una vida consagrada, dedicada plenamente a la misión. Su donación incondicional a Dios estuvo acompañada en todo momento, por una entrega sin reservas al servicio de los otros. El supo hacer de su vida una síntesis admirable entre la fidelidad a Dios y el compromiso humano auténtico. El celo infatigable por la gloria de Dios y la salvación de los hombres constituyeron el núcleo y motor de su consagración religiosa, y quiso que todos sus religiosos se sintieran también impulsados por este mismo dinamismo espiritual.

"A menudo os hemos dicho que **vuestra vocación es una forma de apostolado** y que debéis mostrar celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Este celo debe animaros a todos, de manera que, movidos por ese fuego divino, deseéis y os esforcéis por comunicarlo a la juventud confiada a vuestros cuidados. **El celo no puede permanecer ocioso**; es como el fuego que jamás está en reposo. Procurad, pues, en la medida de vuestras atribuciones, buscar los medios para ser útiles a las almas y tratad de infundir ese mismo celo a vuestros Hermanos" (162).

En cumplimiento de esa misión confiada por Dios, Gabriel fundó el Instituto y lo desarrolló en medio de ingentes pruebas y dificultades. Su conciencia e ímpetu misionero no tenía límites; de ahí que propusiera como finalidad general del Instituto **la dedicación a toda clase de buenas obras**. Esta debiera ser, según él, la disposición interior de todo religioso. "**No nos hemos hecho religiosos para nosotros mismos**. Hemos entrado en una Congregación que se dedica a toda clase de buenas obras, especialmente al servicio de la enseñanza. Nos hemos hecho, pues, religiosos para los niños del pueblo... Nos hemos consagrado a Dios para secundar a los sacerdotes... Esta es nuestra misión entre los hombres. Así pues, se nos puede considerar como verdaderos amigos de los padres y madres de familia..., de los niños..., de los sacerdotes..., de los diversos Estados donde la Providencia nos llama..., de la sociedad entera... Prestamos, pues, servicios incontestables, demostrando así que los religiosos no somos hombres inútiles" (163).

Por tanto, Gabriel subraya con precisión la misión principal y concreta del Instituto en el ámbito específico de la misión propia del religioso en el seno de la Iglesia" (164).

En consonancia con esta espiritualidad del Fundador, las Constituciones actuales del Instituto nos dicen: "Conforme a la misión del Instituto, los Hermanos participan activamente en el plan de salvación que el Padre realiza en su Hijo por el Espíritu Santo y que se continúa en la Iglesia... Con su compromiso en este mundo afirman que no son indiferentes al desarrollo de los bienes de la tierra, querido por el Creador y orientado a Cristo" (165).

Sin lugar a dudas, podemos afirmar que para Gabriel la misión constituyó el "criterio de verificación" de su consagración a Dios al servicio de los hombres.

c. En el seguimiento de Jesucristo

"El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc 8,34).

En definitiva, Gabriel vivió su consagración como una llamada del Padre que le invitaba a seguir a Jesucristo; es decir, a conformar su vida con las "actitudes fundamentales de Jesús" tal como El las vivió en su vida terrena.

La consagración religiosa es, en esencia, el seguimiento evangélico de Jesucristo. Toda verdadera consagración consiste en una configuración real con Jesucristo, pues El es "el consagrado del Padre" (Jn 10,36). En efecto, "Jesús vivió su consagración precisamente como Hijo de Dios: dependiendo del Padre, amándole sobre todas las cosas y entregado por entero a su voluntad" (166).

La consagración religiosa se basa y remite, en última instancia, a la persona de Jesucristo; es una invitación a dar una respuesta como la de Jesús: como entrega total a Dios y su Reino.

"La vida religiosa consiste en el seguimiento de Cristo mediante la profesión pública de los consejos evangélicos... y tiene como objetivo principal el testimoniar visiblemente ante el mundo el misterio insondable de Cristo, ya contemplado en el monte, ya anunciando el Reino de Dios a las turbas, ya sanando enfermos y heridos, convirtiendo pecadores al bien obrar o bendiciendo a los niños y beneficiando a todos, pero siempre obedeciendo a la voluntad del Padre que le envió" (167).

Por tanto, "la regla suprema de la vida consagrada es el seguimiento de Cristo, tal como se propone en el evangelio" (168). Las opciones de vida de Jesús sellan y califican de modo especial a los religiosos que hacen suya "la forma de vivir que abrazó el Hijo de Dios cuando vino al mundo" (169).

La consagración de Gabriel se orienta y comprende en esta perspectiva de "seguimiento de Cristo". El inicio de este seguimiento viene señalado por una invitación del Señor. El es quien toma la iniciativa (Mc 3,23). Como los discípulos de Jesús, Gabriel siente y reconoce que su consagración religiosa -carisma fundacional- no proviene de sí mismo, de sus planes, sino de la voluntad del Señor. Por fidelidad a su llamada rectificó sus "propios proyectos personales". La decisión por la vida consagrada responde, ante todo, a una invitación al Señor (170).

Una vez tomada la decisión de seguir a Jesús "es necesario ponerse en camino", abandonar la quietud de las aguas tranquilas e ir mar adentro en la barca con Jesús. "En el Evangelio se dice que nuestro Señor, al ver un gran gentío a su alrededor ordenó a sus

discípulos pasar a la orilla. Estas palabras del santo evangelio nos enseñan que la presente vida es un viaje... El lago de que el evangelio nos habla, consideraremos aquí que nos muestra el camino estrecho y la vida retirada, santa, regular y penitente que deben llevar los religiosos" (171).

Pero, ¿cómo hay que hacer este viaje?, se pregunta el Hermano Gabriel. Evidentemente, **el que sigue a Jesús sabe que debe correr la misma suerte que El**, pues se halla en la misma barca. Por eso es preciso tener una **actitud decidida y valiente** para arriesgar así la propia vida: "Hay que emprender el viaje con valentía y sin tardanza... Hace falta valentía para seguir adelante y para resistir en las pruebas. El escriba confiaba demasiado en sus propias fuerzas. Cuando fue puesto a prueba por Jesucristo, pronto se contradijo. ¿Me conoces bien, parece decirle el Salvador, y has meditado bien cuál ha sido tu decisión? Mira la vida que yo llevo: "Las zorras tienen su madriguera, los pájaros del cielo su nido; pero el Hijo del hombre no tiene donde reposar la cabeza". Yo, el Primogénito de todos los hombres, no tengo casa ni lugar que me pertenezca para poder descansar; donde quiera que voy, soy un extraño. Esto es lo que yo soy en la tierra y así deben ser los que me siguen. Reflexiona y calcula tus fuerzas" (172).

Pero también el joven rico estaba en una disposición positiva y valerosa para seguir a Jesús; por eso El "le miró con afecto". Pero eran demasiado fuertes los lazos que le ataban hasta el punto de impedirle seguir al Maestro que tanto admiraba (Mc 10,21-22).

Es necesario estar en una gran **disponibilidad interior** para decidirse libremente a romper las amarras que atan y seguir el nuevo rumbo trazado por Jesús. Así lo entendió Gabriel. "Debemos decirle: Señor, estoy dispuesto a todo. Tú me haces oír de nuevo en mi corazón la invitación: "Sígueme" No quiero diferir más tiempo mi seguimiento; nada me apartará de mi vocación ni de las piadosas prácticas de mi estado de vida; Nada me separará de Ti. A pesar de todos los obstáculos y de todas las pruebas que Tú puedas enviarme, ayudado por tu gracia, ¡oh mi adorable Salvador!, iré contigo sin vacilar, desde ahora y para siempre"(173).

El seguimiento de Jesús exige, pues, una gran capacidad de escucha, de libre disponibilidad interior, de coraje y decisión. Ahora bien, sería caer en ingenuidad o en vana arrogancia pretender realizar por sí mismo estas condiciones indispensables para seguir a Jesús.

El consagrado es consciente y vive sinceramente la experiencia de la propia fragilidad e inconstancia y, por tanto, de la insensatez que supondría el considerarse a sí mismo como criterio y norma de su propia seguridad. Apoyarse en las propias fuerzas y capacidades conduciría al fracaso en el seguimiento de Jesús. La aceptación y vivencia de la propia fragilidad es condición imprescindible para caminar tras las huellas del Maestro. "De mí mismo no he de gloriarme, dice el Apóstol, sino es de mis flaquezas... pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte" (2Cor 12,5.10). El mismo Jesús dice: "el espíritu está pronto, pero la carne es débil" (Mt 26,41).

Únicamente la fe en la persona de Jesús puede ofrecer al creyente el impulso necesario para seguirle. "Todo lo puedo en aquél que me conforta" (Col 1,13). Solo quien se fía totalmente de El está en condiciones de superar las pruebas y contradicciones que se presentan en el itinerario de la vida del apóstol; no existe otra alternativa: "Señor, ¿a quién iremos?. Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6,68).

Como el discípulo, también Gabriel supo fiarse plenamente del Señor; con El nada había que temer, pues es el Camino, la Verdad y la Vida. El saberse guiado por Jesús constituyó su máximo estímulo y seguridad. "No tengamos miedo, queridos Hermanos, pues Cristo está al frente. ¿Qué podemos temer con tal jefe? ¿No es suficientemente fuerte para sostenernos y lo bastante bueno para desear hacerlo? Unámonos a El sin miedo; El es quien nos invita y quien nos lo ordena. Los que son sus discípulos le acompañan y caminan con El. ¡Qué dicha para nosotros pertenecer a ese grupo!... En las penas que nosotros experimentamos, de cualquier naturaleza que sean, tenemos a nuestro Salvador que nos acompaña y nos precede. Jamás nos expondrá a pruebas mayores que las que El sufrió por nuestro amor" (174).

Ahora bien, ¿por qué seguir a Jesús? ¿Cuál es la recompensa que ofrece a sus seguidores?... "Pues nosotros lo hemos dejado todo por seguirte, ¿qué tendremos? (Mt 19,27). Los móviles y la finalidad del seguimiento de Jesús, afirma el Hermano Gabriel, no consisten en alcanzar bienestar material o una posición social distinguida: riquezas, poder, distinción, honores, etc. Tampoco se trata de conseguir un "modus vivendi" cómodo e instalado al abrigo de cualquier sobresalto y en el que se tiene ya todo resuelto. No se sigue a Jesús para conseguir "algo", sino sencillamente para vivir más íntimamente con El, compartiendo su vida y misión (Mc 3,14). Se trata, por tanto, de ser cautivado por la persona que seduce al creyente hasta el punto de querer seguir su propio destino e identificarse totalmente con El. "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20).

Tan fue el anhelo de Gabriel para quien el **seguimiento de Jesús es un asunto de pura gratuidad**. "Cuando los apóstoles se unieron a Jesús le dijeron: "Maestro, ¿Qué tendremos después de haber dejado todo por seguirte?". Puede ser que a algún Hermano le venga la idea de preguntar qué recompensa tendrá por haber abandonado su país, sus parientes y sus amigos; por haber renunciado a su voluntad y a todo interés personal; por haber asumido una profesión humilde, penosa, y que nada tiene de atrayente según el mundo. Jesucristo os hace la misma promesa que hizo a sus apóstoles: "Recibiréis el céntuplo en esta vida y el paraíso en la otra" (Mt 19,29). ¿Existe alguna recompensa que pueda igualar a ésta? El céntuplo de que habla el divino Salvador son las consolaciones interiores, las gracias y las bendiciones particulares, la paz del alma, la tranquilidad del corazón, el testimonio de una buena conciencia. He aquí, según la fe, los verdaderos tesoros. El mundo no conoce esta clase de riquezas" (175).

El seguimiento de Jesús del consagrado se orienta, especialmente, a estrechar los vínculos de amistad con el Señor que colma todas las expectativas y anhelos de felicidad del ser humano. Estar con El es la máxima aspiración del creyente, pues es la fuente de todo consuelo y gozo espiritual (Jn 17,25). En su compañía, pruebas, sufrimientos de cualquier índole de la existencia humana son fácilmente superados, ya que "mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt 11,30).

Pero esta amistad gozosa con Jesús no se circunscribe solamente a la esfera individual sino que, dada la propia índole de la amistad, debe expansionarse a los demás, pues "lo que se ha recibido gratuitamente, gratis se debe dar" como dice el Apóstol. Por tanto, el seguimiento de Jesús implica necesariamente una exigencia de misión entre los hombres (Lc 9,1-2). "No nos hemos hecho religiosos, dice Gabriel, para nosotros mismos". Efectivamente, la vida y obra del Hermano Gabriel nos ofrecen un ejemplo admirable de seguimiento y entrega generosa al Señor. Su gran preocupación y empeño constantes fue seguir fielmente sus huellas cumpliendo en todo momento su voluntad.

Tuvo que afrontar innumerables e intensas pruebas a nivel personal como de Instituto, pero las superó gracias a su fe inquebrantable. "Ya llevo remando unos cuantos años con todas mis fuerzas, a menudo con vientos contrarios y en medio de tormentas; pero orientado por la brújula de la fe y sostenido por la confianza en Dios, nunca jamás me he desanimado" (176).

Se mantuvo fiel a su consagración y a la misión encomendada por el Señor hasta su muerte. "He trabajado con entrega total, sin respeto humano, esforzadamente, afrontando las dificultades, convencido de que los hombres no pueden nada contra aquél a quien Dios protege" (177). Y aunque en muchos momentos de su vida experimentó la soledad, humillación y fracaso, continuó firme su marcha "sabiendo de quién se había fiado" (2Tm 1,12).

d) Radicalismo evangélico

Los rasgos distintivos que caracterizan el seguimiento del discípulo, según el mensaje evangélico, son la adhesión plena a la persona y destino de Jesús, y la fidelidad de sus exigencias radicales. "Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc 8,34). El seguimiento de Jesús implica necesariamente una participación en la misión del Maestro.

La vida consagrada como radical seguimiento de Cristo se orienta en esta perspectiva de seguir a Jesucristo según las enseñanzas del Evangelio expresado en las diversas Constituciones (178). Por tanto, el religioso es un cristiano que, acogiendo la llamada del Señor, ha decidido vivir la existencia cotidiana según las exigencias del radicalismo evangélico siguiendo a Cristo por "el camino estrecho y

angosto" (Mt 7,13-14).

Y aunque estas exigencias radicales que se desprenden de la vida y enseñanzas de Jesús en los Evangelios van dirigidas a todos los cristianos en su opción fundamental por el Reino de Dios, los llamados a la vida consagrada hacen profesión pública de tales exigencias; es decir, las revelan de forma explícita a los demás cristianos.

En definitiva, el religioso elige libremente vivir la totalidad de su existencia centrada en **lo único necesario**: la actualización del Reino de Dios anunciado y realizado por Jesús (Mt 6,33). Es la misma experiencia de los discípulos de Jesús que se sienten seducidos por el misterio de su persona. Descubrir este misterio del Reino es como encontrar el tesoro escondido por el cual vale la pena arriesgarlo todo con el fin de conseguirlo. De este modo, atraído por el Misterio divino **Gabriel acoge y vive las exigencias del Reino como un yugo llevadero**. "¿Dudaron acaso, los mártires en derramar su sangre por Jesucristo?... además, ¿no es **suave y ligero el yugo del Señor, cuando uno lo lleva con fe y amor?**" (180). En el cumplimiento de tales exigencias no cabe un término medio de fácil acomodación en la vida; Gabriel se decide por "el todo o nada" del seguimiento radical evangélico. "Es necesario por tanto, renunciar a todo por Jesucristo" (181). El es lo único necesario (182).

Para Gabriel, la opción por Jesucristo, por su causa, debe tener prioridad absoluta en la vida de los consagrados; antes incluso, que la propia vida. Deben estar -los Hermanos- "en la sincera disposición de sacrificar su libertad, sus talentos, su salud e incluso su vida para servir al prójimo de cualquier manera que sea a fin de ganarlos a todos para Jesucristo (183).

Como los discípulos que abandonaron todo para seguir al Maestro, así Gabriel supo dejarlo todo por causa de Jesucristo. Su fidelidad a la llamada vocacional le supuso la ruptura definitiva con los lazos familiares, a los que estaba tan íntima y fuertemente ligado hasta los veinticinco años (184). Años más tarde, Gabriel recordaba a los Hermanos: "Nos ha costado mucho renunciar a lo que el mundo ama tan locamente y busca con tanto ardor. Tal vez los sacrificios que hemos hecho nos hayan arrancado lágrimas y hemos visto correr las de nuestros padres y amigos, de los que nos hemos separado libremente. Y esto no es todo; nuestra suerte en este mundo es un

porvenir hecho de abnegación, trabajos, penas y fatigas innumerables, motivadas por quienes se benefician de ellas... Pero las promesas de Jesucristo son muy consoladoras: "Aquel que haya dejado por amor a mí, casa, hermanos, hermanas, padre o madre, esposa o hijos, o tierras, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna" (185).

Siguiendo los pasos de Jesús, Gabriel supo trascender una concepción de familia y hermandad basada en los criterios humanos de la carne y de la sangre para abrirse a la nueva familia de Jesús fundada en la fe y en el amor a Dios y a todos los hermanos: "Estos son mi madre y mis hermanos" (Mc 3,34).

Gabriel actuó con una disponibilidad total a Dios; la radicalidad de su adhesión al Señor le condujo a no dejarse esclavizar por las personas y cosas de su entorno. Valores como la familia, profesión, bienes, prestigio, etc., los relativizó en función del valor supremo del Reino de Dios. Porque puso toda su confianza y seguridad en el Señor renunció a la posesión de bienes que generan seguridad, bienestar económico y una elevada posición social.

En el momento de dejar su familia para seguir su vocación sólo llevaba consigo la cantidad de seis francos, según él mismo afirma (186). Y en la iniciación y desarrollo de su obra fundacional varias veces se vio en la necesidad extrema de pedir limosna para hacer frente a la precaria situación económica del Instituto. Después de sucesivos y rotundos fracasos de su fundación permaneció fiel a su vocación desechando la atrayente oferta del Barón de Champdor que le aseguraba una posición económica estable y un futuro halagador.

Su confianza plena en el Señor le hizo superar los momentos más difíciles del Instituto y, de modo especial, la penuria económica. "En aquellas circunstancias nos parecíamos a nuestros Santos Patronos María y José cuando fueron a Belén. Todos parecían rechazarnos" (187).

El dejarlo todo por Jesucristo, le supuso renunciar a programar su vida de acuerdo a su propio proyecto personal que, como ya se dijo anteriormente, era deseado por su familia y él mismo se había hecho la ilusión de seguirlo en su adolescencia. Pero los planes del Señor eran distintos a los que él se había propuesto. Si en un principio acarició la idea de ser sacerdote, unos años después renunció a ella creyendo que Dios le llamaba a la vocación religiosa.

Y finalmente, después de un largo y arduo proceso de discernimiento vocacional, abandonó su proyecto de entrar en un instituto religioso para cumplir la voluntad divina que le llamaba a fundar una nueva congregación religiosa.

Esta disponibilidad total a secundar los planes del Señor en su vida, se manifestó especialmente en su adhesión y fidelidad a las orientaciones y directrices de la Iglesia en la voz de sus Pastores, a pesar de que, en determinadas circunstancias, no coincidían con sus criterios personales.

La opción por Jesucristo no resulta un camino fácil y apacible; exige coraje para cargar la cruz como Cristo hasta perder la propia vida, pues "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, quedará sólo; pero si muere, llevará mucho fruto" (Jn 12,24).

La decisión del seguimiento radical de Jesucristo implica necesariamente aceptar el misterio de la cruz en la dinámica de la propia existencia. Así lo comprendió y experimentó Gabriel en su persona durante su vida. Este fue también el mensaje que transmitió constantemente a sus Hermanos: "Nuestra condecoración es la cruz bendita que fue colocada en nuestro pecho el día en que nos consagramos a Dios. Esta cruz es también el arma con que nos defendemos, pues con ella Cristo venció al mundo... ¿Cuánto no ha hecho y sufrido Jesucristo nuestro Señor para merecernos el cielo? Sus dolores, sus lágrimas, su sangre, su muerte incluso, son la respuesta... La vida del religioso es una vida de abnegación, de renuncia y sacrificio... No tenemos por qué extrañarnos si nos llega el sufrimiento, la enfermedad, pobreza, persecuciones, calumnias... Pero ayudados de la gracia de nuestro Salvador, vayamos al calvario por el camino que El decida; llevemos nuestra cruz con humilde resignación; será para nosotros un nuevo árbol de vida... ¡Qué contentos estaremos de haber sido fieles a la Ley del Señor!" (188). El consagrado, expresa el Hermano Gabriel, debe estar dispuesto a sufrir por Jesucristo toda clase de desprecios, de humillaciones, ultrajes, para así, poder asemejarse al Maestro (189).

Gabriel quiso ser ante todo, un servidor radical de Jesucristo procurando vivir tal como El vivió. Su decisión inquebrantable de consagrarse a Dios por los votos religiosos constituye la expresión más concreta y visible de su radicalidad evangélica.

Efectivamente, por su consagración quiso configurarse más

plenamente con Cristo, imitándole más de cerca y reviviendo el género de vida que El llevó en este mundo. Gabriel vivió su consagración como donación total de sí mismo a Dios esforzándose por encarnar en su propia existencia las actitudes vitales de Jesucristo virgen, pobre y obediente. "Son tres maneras de comprometerse a vivir como Cristo vivió, en sectores que abarcan toda la existencia: posesiones, afectos, autonomía. Cada uno pone de relieve una relación con Jesús, consagrado y enviado" (190).

Este modo de vida en radicalidad afecta a toda la persona: en su capacidad de amar y ser amada (amor-virginidad); en su capacidad de poseer bienes (autonomía-pobreza); en su capacidad de hacer su propio proyecto personal (libertad-obediencia). Y esto de forma definitiva.

El seguimiento de Jesucristo por los votos exige, según el Hermano Gabriel, un amor y entrega totales: "La vida religiosa tiene por objeto elevar a quien la abraza a la perfección cristiana por la práctica de los consejos evangélicos. Toda la doctrina moral del evangelio descansa sobre este principio: existen en el hombre tres concupiscencias: el orgullo, el deseo inmoderado de los bienes terrenos y el amor desordenado. Jesucristo ha opuesto a estas tres pasiones, tres virtudes diametralmente opuestas: la humildad, la pobreza y la castidad... La vida religiosa consiste esencialmente en los votos, que son como los clavos místicos con los cuales se clava uno a la cruz en el calvario sagrado del estado religioso. **Por los votos uno ofrece totalmente a Dios su propia voluntad y toda su libertad.** Esta es la mayor ofrenda y el mejor sacrificio que se puede hacer a Dios. ¡Dichoso y mil ves dichoso el religioso que de tal manera se ha entregado al Señor para agradarle! Ha hecho de El su heredad y en El tiene su mayor tesoro" (191).

Seguir a Cristo virgen significa acoger gozosamente el don gratuito del amor de Dios en la propia vida y que se expresa en un amor fraterno universal.

El celibato por el Reino es ante todo, una vocación y un misterio de libertad y amor. "Atestigua el amor preferencial hacia el Señor y simboliza el misterio de la unión esponsal de la Esposa al Esposo; de la Iglesia a Cristo" (192).

En esta misma perspectiva el Hermano Gabriel afirma: "Por el voto de castidad el religioso se compromete a tomar a Cristo por

esposo de su alma" (193). La fidelidad a este amor a Jesucristo exige un compromiso constante en la lucha por superar todas las dificultades y obstáculos que se oponen a este "amor sponsal" (194).

Para Gabriel vivir la pobreza de Cristo significa: "Considerar a Dios como nuestro único y supremo Bien. A este verdadero y sólido Bien hemos unido nuestro corazón el día de nuestra profesión. En este día memorable renunciamos a los otros bienes, los placeres, las riquezas del mundo y a toda pertenencia humana para seguir a Cristo pobre" (195). Seguir a Cristo implica la aceptación gozosa de la infinita riqueza del Reino de Dios con un corazón pobre que todo lo espera del Señor y en El deposita su única seguridad y salvación. "Felices los pobres porque vuestro es el Reino de Dios" (Lc 6,20). Por su consagración, los religiosos participan de la pobreza de Cristo que "siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza" (2Cor 8,9).

Los Hermanos, afirma el Hermano Gabriel, "deben alegrarse de haber tomado a Cristo pobre como modelo para vivir la pobreza evangélica, pues así participan de esa riqueza-pobreza del Hijo de Dios" (196).

En el pensamiento y la vivencia espiritual de Gabriel, Cristo es la norma esencial (única) de la pobreza evangélica. Es desde Jesucristo que la pobreza evangélica adquiere todo su auténtico sentido. Para él, la pobreza vivida evangélicamente supone una gran riqueza. El valor de la pobreza evangélica consiste en acoger a Dios y su Reino como el Bien único y definitivo; esto exige la renuncia radical a la búsqueda, apego y seguridad del poseer, ya sean bienes materiales o espirituales.

La pobreza evangélica es un signo y una exigencia de amor comunitario; Se expresa y realiza en la participación fraterna compartiendo los bienes en solidaridad con los más pobres. La radicalidad de la pobreza evangélica consiste, en definitiva, en seguir a Jesucristo, el "ser-para-los-demás", llevando una vida centrada en Dios como único apoyo y al servicio de los pobres y con los más necesitados.

Entre las expresiones más significativas de este radicalismo evangélico en Gabriel es necesario resaltar **su actitud de obediencia total**. Su vida entera constituye un testimonio realmente ejemplar de docilidad y sumisión a Dios y a la Iglesia y que resplandece,

precisamente, por la profunda transformación interior en él operada, a la vista de su temperamento no dado a la sumisión pasiva y al sometimiento (197).

Verdaderamente Dios hizo maravillas en Gabriel. Más que resultado de una ardua conquista, la obediencia de Gabriel fue el fruto de un proceso de escucha y acogida de la voluntad divina manifestada en la Iglesia a través de sus Pastores. **La fe constituyó en todo momento el criterio básico de su obediencia religiosa.**

El fundamento de la obediencia religiosa es Cristo (198). El es el modelo de perfecta docilidad al Padre (Jn 4,34) y "aprendió sufriendo a obedecer hasta el final de su existencia terrena". Gabriel abrazó la obediencia evangélica como exigencia y compromiso de vivir en actitud de total disponibilidad a la voluntad amorosa de Dios a ejemplo de Cristo obediente.

Esta actitud de obediencia radical de Jesucristo al Padre constituyó el criterio básico de su vida y quiso que fuera también el de sus religiosos. "¡Cuánta estima debemos tener de la obediencia, puesto que nuestro Señor la estimó tanto que prefirió perder la vida antes que dejar de obedecer a su Padre!"... Es el camino que Jesús trazó con su ejemplo... Fijaos en las características de la obediencia de nuestro divino Salvador para imitarle con vuestro comportamiento. El primer paso que dio al venir al mundo fue el de obedecer; la voluntad del Padre fue su primera y única regla. Nunca se apartó de este camino. Su obediencia fue permanente y sin límites. Empezó en el pesebre donde nació y terminó en el calvario donde murió... Durante los treinta años que pasó con María y José, el texto sagrado nada dice de El, salvo que "les estaba sumiso". Conforme al ejemplo de este Modelo divino los Hermanos se entregarán totalmente y sin ninguna reserva a la práctica de la obediencia evangélica" (199).

Por la obediencia el religioso imita a Cristo y se deja transformar por El; de ahí su inestimable valor e importancia. En palabras de Gabriel: "La obediencia es la madre y guardiana de todas las virtudes ya que las incluye a todas... El buen religioso no posee mayor riqueza que la obediencia ya que ella le atrae la gracia de Dios... La obediencia es el punto fundamental de toda consagración religiosa; es el quicio sobre el que se apoya y mueve todo gobierno religioso; es la raíz que sostiene, alimenta y fecunda todo el árbol... La obediencia todo lo transforma en oro... Quien obedece fielmente está

seguro de su salvación y el mayor consuelo de un religioso será haber practicado una obediencia plena y total... Imitará así a Cristo " (200).

Verdaderamente la actitud de Gabriel fue de total docilidad a la voluntad del Señor y de compromiso decidido a las exigencias radicales del Reino de Dios anunciado por Jesús. Su auténtica grandeza espiritual se pone de relieve, especialmente, en el hecho de que, no obstante la radicalidad de su entrega querida por Dios, **reconoce su propia indigencia e incapacidad para merecer** o exigir el beneplácito divino como premio o resultado de su obrar. En clara sintonía con el mensaje evangélico, **Gabriel rechaza y supera la falsa pretensión farisaica de querer alcanzar la propia justificación ante Dios por los méritos propios**, pues como dice el Apóstol: "todo lo hemos recibido de Dios gratuitamente... ¿Quién eres tú para pedir cuenta a Dios?" (Rm 3,24; 9,20).

El fiel seguidor de Jesucristo sabe que después de haber cumplido todo lo que es exigido hacer, no puede arrogarse ningún derecho o pretensión sobre Dios, pues somos siervos inútiles.

Esta es la actitud fundamental de Gabriel en su vida. "Estoy totalmente convencido de que soy un siervo inútil", manifiesta con frecuencia en sus escritos. Su experiencia espiritual se asemeja a la de san Pablo para quien, "si de algo es necesario gloriarse es de mi propia debilidad, porque así resplandece la fuerza del Señor" (2Cor 12,1ss).

También Gabriel expresaba al final de su vida: "Nunca pude imaginar que la divina Providencia hubiera elegido un instrumento tan débil para fundar una congregación religiosa, y para conducirla con la ayuda de Dios... Toda la gloria pertenece a ese Dios de bondad... Me doy cuenta de que me estoy convirtiendo en un servidor inútil" (201)

En definitiva, la vida espiritual y el compromiso apostólico de Gabriel hunden sus raíces en el radicalismo que brota del mensaje evangélico de **las Bienaventuranzas**.

La nueva condición de la exigencia cristiana según el espíritu de las Bienaventuranzas consiste en aceptar el Reino de Dios, cuyo signo es Jesucristo, como don de Dios que se ofrece gratuitamente al hombre.

Es necesario tener un corazón pobre que desde su condición de indigencia e impotencia, es capaz de abrirse a la misericordia infinita de Dios Padre. La fuerza de los desposeídos -los pequeños- radica precisamente en el poder de Dios.

Vivir conforme el espíritu de las Bienaventuranzas consiste en reconocer la absoluta soberanía de Dios en la propia persona y existencia, despojado de toda pretensión y seguridad, como pobre mendigo, desposeído de todo, y cuya única esperanza y apoyo es Dios.

Gabriel vivió en esta actitud de dependencia y confianza plenas en el Señor; por eso pudo experimentar el gozo -la bienaventuranza- de la salvación ofrecida por Jesús. Nada le hizo desesperar o abatirse, pues su persona y su vida estaban en las manos del Señor; y unido a El, todo fue posible. "Todo lo puedo en aquel que me conforta" (Fil. 4,13). Como María (Lc 1,46s), también Gabriel reconoce en actitud humilde y agradecida que el Señor hizo maravillas en su persona y en su obra. Por tanto, la obra de Gabriel pertenece a Dios pues todo lo ha recibido de su gracia.

Gabriel decía de sí mismo que "sólo sabía tejer telas de araña, pues era un pobre y vil instrumento del que Dios quiso servirse para obrar el bien" (202).

Como la arcilla moldeada por las manos del alfarero, así Gabriel se dejó transformar por la acción amorosa y poderosa de Dios; él se siente cual débil instrumento siempre dispuesto a realizar la tarea que el Señor le tenga reservada. "Siempre he tenido como meta la gloria de Dios y la salvación de las almas. Aunque no sea más que un pobre pecador, sin embargo, he combatido el buen combate y, en medio de las pruebas he experimentado continuamente grandes consuelos. Además he podido ver con alegría el crecimiento y prosperidad de este pequeño grano de mostaza. Atribuyo este hermoso crecimiento, más que a mí mismo, que he sido solamente un pobre instrumento en sus manos, al Señor que ha querido protegerme" (203).

CONCLUSION

La incursión realizada por la vida y obra de **Gabriel** nos ha permitido valorar de modo más exacto y profundo su **elevada talla espiritual** capaz de ejercer un gran influjo de atracción y estímulo en aquellos que se relacionan con su persona y que, con él, quieren recorrer el mismo sendero tras las huellas del Maestro.

En este esfuerzo de aproximación y profundización de su personalidad descubrimos aquellas **experiencias fundantes** que, cual corrientes internas de un manantial, hacen brotar y surtir las fuentes de su espiritualidad.

La figura de **Gabriel** se nos revela como un **testimonio de la presencia misteriosa de Dios** que se ofrece gratuitamente al hombre y cuida de él con un amor infinito y providente. Todo su ser y su existencia se hallan concentrados y orientados en este Absoluto de Dios.

Gabriel hizo presente este amor de Dios entre los hombres siendo un **testigo viviente del Reino** que ya ha llegado en Jesucristo.

Como María, la virgen creyente y fiel, **la vida de Gabriel** aparece como un **signo de fidelidad radical a la voluntad de Dios** concretizada en el cumplimiento de las exigencias radicales de Jesucristo en el Evangelio. Su fidelidad a la Iglesia y a los hombres tiene en Cristo su fundamento.

Es desde una profunda experiencia de vida de oración - actitud contemplativa- que descubre el paso del Señor en su vida y encuentra el sentido auténtico de su misión en servicio de los hombres. Por su vida y obra, **Gabriel se convierte para todos nosotros en testigo de la Resurrección de Jesucristo** (Hech 2,32).